La conquista del ESPACIO

HA MUERTO NONG-2

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION

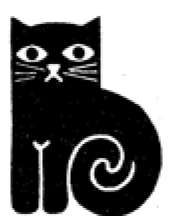


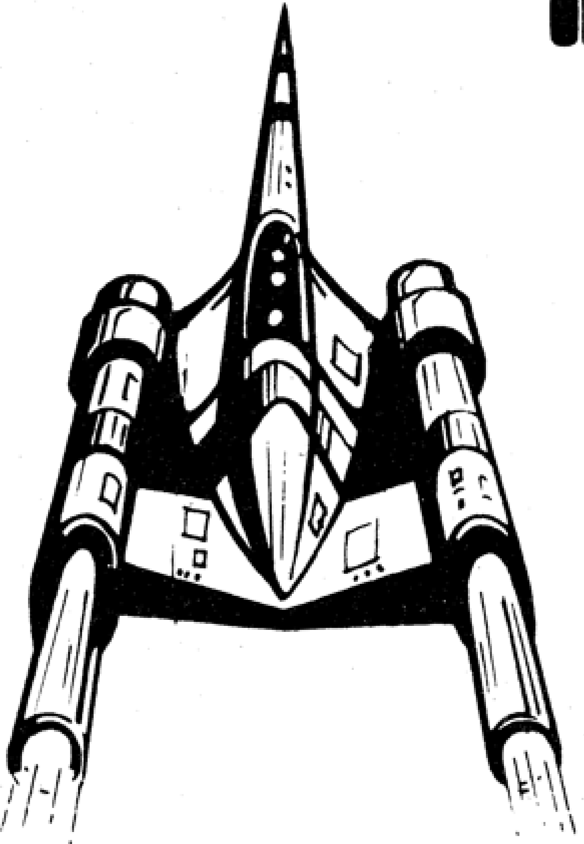


HA MUERTO NONG-2

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

548. — La esfera maldita - *Joseph Berna*.

549. — El imperio de Ornax - *A. Thorkent*.

550. — Juicio a una bestia espacial - *Glenn Parrish*.

551. — Los humanoides de Kebash - *A. Thorkent*.

552. — La leyenda de Mark Mirrel - *Clark Carrados*.

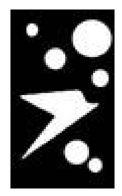
RALPH BARBY

HA MUERTO NONG-2

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 553

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 822-1981

Impreso en España — Printed in Spain

1. ª edición: marzo, 1981

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

—¿Estás seguro, Werner?

Werner estaba completamente seguro; era un hombre metódico que comprobaba los datos exhaustivamente antes de considerarlos válidos.

—Sí.

—Es muy raro que las ciudades estén muertas.

—Lo están, Vogeau.

—Repasaremos las grabaciones y también los resultados de los sensores «bio».

—En seguida, Vogeau.

—A mí también me ha parecido que no hay vida abajo —apuntó Santini, entrando en la cabina de mando.

Vogeau era el comandante de la cosmonave terrícola que ahora sobrevolaba el planeta Nong-2, así llamado porque era el planeta número dos del sistema de la estrella solar Nong.

Efectivamente, las metrópolis de Nong-2 aparecían desiertas, sin vida. Los sensores no mentían, allí no había ningún ser vivo.

Repasaron meticulosamente las grabaciones tomadas y no sólo no vieron ningún ser vivo sino tampoco vehículos desplazándose sobre el suelo, los océanos o en el aire.

—¿Qué creéis que habrá sucedido? —preguntó Vogeau.

—Nunca se sabe por qué se desaparece totalmente. Fenómenos más o menos similares han ocurrido en otras civilizaciones planetarias. Hemos descubierto civilizaciones totalmente muertas, desaparecidas, sólo quedaba el rastro de sus edificios hechos con materiales resistentes a las erosiones del tiempo. ¿Bombardeo de neutrones, contaminación gaseosa reversible pero que cuando todo ha vuelto a ser inocuo ya no quedaba nada con vida? ¿Mutación progresiva de los cromosomas en todas las especies por fugas radiactivas? Existen tantas posibilidades de que la vida de una civilización desaparezca.

—Sí —admitió Santini—, pero al paso de centenares de milenios, la vida rebrota y vuelta a comenzar.

Lo que había dicho Santini fue aceptado por el comandante Vogeau, algo mayor en edad y en experiencias de viajes interestelares.

—Vogeau quiere decir —intervino Werner— que nosotros hemos encontrado civilizaciones muertas, pero cuyo planeta podía estar camino de conseguir una vida nueva. ¿Os acordáis de Géminis-20?

Santini sonrió abiertamente, apoyando el gesto con enérgicos movimientos afirmativos de cabeza.

—Estaba plagado de simios. Era fantástico verlos corretear entre las grandes ruinas pétreas.

—Sí, ellos eran los dueños y señores de todo lo heredado de sus primos, los seres humanos que habían desaparecido. Sin embargo, algún día nacerán otros primos de esos monos que serán los futuros hombres y la civilización se reinstaurará en Géminis-20.

Vogeau observó:

—Para eso habrán de pasar muchos milenios y en ese tiempo, habrá cataclismos de todas las clases y la mayoría de esas ruinas de civilizaciones desaparecerán.

—Es cierto —admitió Santini—. En el planeta Tierra, hace un par de milenios, entre los siglos XX y XXI, creían que las ruinas pétreas que tenían vestigios de civilizaciones desaparecidas eran muy antiguas y ellos, esa antigüedad la cifraban en unos pocos milenios, media docena, una docena a lo sumo. No se daban cuenta de que no tenían ruinas de grandes construcciones humanas, de varios cientos de milenios atrás; no las tenían porque habían sido borradas de la faz del planeta Tierra por los cataclismos provocados por la caída de dos lunas, lo que había causado miríadas de seísmos, evaporaciones de los océanos, tormentas de siglos completos, volcanes en medio de esas tormentas… Debió ser algo terriblemente fantástico.

—Tienes razón, Santini. Todos esos cataclismos borran cualquier rastro de civilización. ¿Quién sabe las civilizaciones que pudieron haber en el planeta Tierra millones de años atrás? El cosmos es un enigma total y creo que jamás descorreremos todos los velos del misterio. Siempre nos llevamos sorpresas que consideramos fantásticas o aterradoras, según cómo nos vaya en ellas.

—Y bien, Vogeau, ¿qué vamos a hacer aquí en Nong-2? —

preguntó Werner.

—Marius Cendra se encontrará aquí con nosotros dentro de quinientas horas, poco más o menos.

—Podemos pasar el tiempo paseándonos por las ciudades muertas —opinó Werner.

Santini comentó:

—Si todo está abandonado, quizá encontremos objetos valiosos.

—¿Crees que los habrá? —le preguntó Werner, interesado.

—¿Por qué no? Si todos han desaparecido, los objetos valiosos habrán quedado en alguna parte, oro, platino, piedras preciosas, debe haber de todo.

—Quizá dentro de complicadísimas cajas fuertes.

—No hay problema, poseemos cortadores láser.

—No os hagáis ilusiones —atajó Vogeau—. La gente puede estar dentro de refugios antirradiactivos.

—De todos modos, no cuesta nada acercarnos a una de las metrópolis —propuso Santini.

—Hay vegetación, lo que indica que existe vida.

Vogeau, el comandante de la cosmonave, aceptó:

—Bien, descenderemos junto a la metrópoli Alfa.

—Una pregunta...

—¿Cuál, Santini?

—¿No existía una colonia importante terrícola en Nong-2?

—Sí, sí la había, pero como llegamos aquí tras un viaje muy largo, ignoramos si esa colonia terrícola fue evacuada o no. De todos modos, Werner, insiste con las telellamadas por todas las ondas de que disponemos.

—¿Incluyendo la videofónica?

—Sí. Una respuesta por el televideófono sería lo mejor. En fin, veremos si está todo muerto o queda alguien vivo en Nong-2.

La cosmonave terrícola fue perdiendo altura.

Lentamente, describió un círculo sobre la metrópoli Alfa, capital del planeta. Entonces, sin molestarse en acudir al cosmopuerto, situóse en vertical sobre la mayor plaza pública que poseía la ciudad, desierta de toda vida animada.

Descendió con suavidad hasta posarse sobre el pavimento de granito blanco.

A través de los ventanales de la cosmonave observaron a su alrededor.

—Nada —dijo Vogeau, sombrío.

Pusieron en acción las cámaras de telescopía exterior.

—No hay nadie, absolutamente nadie —sentenció Santini tras observar las veinte pantallas en las que se reflejaba cuanto captaban las cámaras.

Podían ver los edificios, sus ventanas, sus puertas. Santini movió los controles remotos para acercar más cuanto deseaban ver.

—Nada, absolutamente nada.

Vogeau, con el ceño fruncido, comunicó:

—Radiactividad negativa.

— Eso va en nuestro favor —dijo Santini—, Ni siquiera tendremos que vestir los trajes especiales.

—Sin embargo, es raro, demasiado raro. ¿Por qué ha desaparecido la vida en Nong-2 sin que nosotros hayamos tenido noticias de ello?

—Quizá seamos los primeros en averiguarlo —respondió Werner que había conectado la llamada automática de telecomunicación en todas sus bandas, esperando alguna respuesta.

—Que aquí ha ocurrido algo grave, es evidente, pero ¿el qué?

—Los nongianos deben andar por alguna parte —gruñó Vogeau que se mostraba receloso.

—Si no salimos a investigar dentro de las casas, de los palacios, no sabremos nada.

—Santini, te conozco. Lo que tú quieres es quedarte con los objetos valiosos abandonados.

Werner propuso:

—Podemos bajar los dos con el *atom-overcraft* y dar una vuelta.

—Pero, con precaución —puntualizó Vogeau.

Santini se rió.

—No me digas que temes una trampa.

—Siempre hay que tomar precauciones —respondió, cortante—. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—¿Qué puede pasar, si no hay nadie y la radiactividad es negativa? —preguntó Santini, que al parecer era quien más deseos tenía de salir al exterior.

—Por si acaso, analizaremos el aire con meticulosidad.

—¿Y cuánto llevará eso? —se impacientó Santini, que estaba ansioso de bajar al planeta.

—El análisis del aire no es largo —observó Werner.

Santini puntualizó:

—Es que Vogeau ha dicho «con meticulosidad».

—Dos horas —respondió Vogeau, seco.

—Está bien, tendremos tiempo para cambiarnos de ropa por si unas nongianas apetecibles nos invitan a un guateque.

—No bromees, Santini. Hay que ser cautos, no es lógico que no haya nadie vivo aquí cuando éste era un planeta con vida propia, aunque hubiera algunas colonias de extranjeros como los terrícolas u otros seres procedentes de lejanos planetas. Es cierto que los nongianos no eran muy avanzados, pero sí laboriosos. Su problema mayor era el de una reproducción muy lenta comparada con la nuestra; por eso, su tasa de natalidad era baja y el planeta se hallaba escasamente poblado.

—Iremos armados —propuso Santini.

Mientras Vogeau analizaba cuidadosamente la composición atmosférica para no llevarse una desagradable sorpresa al respirarla,

Santini y Werner prepararon el vehículo que utilizarían para desplazarse.

—Tenemos tiempo para tomar unos emparedados —dijo Werner.

A Santini le pareció bien la idea y asintió con la cabeza.

Estaban descansando ya en el vehículo cuando, Vogeau manifestó:

—El aire no sólo es respirable, sino perfecto. No hay absolutamente ninguna contaminación.

—¿Lo ves? Es lógico —le dijo Santini—. Todo está muerto; la civilización de Nong-2, ignoramos por qué causa, ha desaparecido. Si hubiera industria en funcionamiento, poca o mucha, habría contaminación en el aire. Es la forma más segura de detectar la industria. Es lo mismo que descubrir la presencia de animales por sus heces. Es lo que hacen los zoólogos, ¿no?

—Sí, así es. Dad una vuelta, pero manteneos en contacto constante con la cosmonave.

El vehículo *atom-hovercraft* no era muy grande y sí de línea aerodinámica.

Se propulsaba gracias a la pila atómica que llevaba incorporada y se elevaba unos tres palmos del suelo, sin tocarlo, mediante el sistema de electrogravitación negativa.

—Buscaremos tesoros. ¿Te parece bien, Werner?

—Me da la impresión de que no habrá nada.

—¿En ninguna casa, en ningún edificio? —preguntó Santini, incrédulo.

—En ninguna parte. Es como si hubieran emigrado porque no hay vestigios de destrucción.

—Se puede masacrar a una civilización completa sin destruir un solo edificio.

Se alejaron de la plaza, internándose por una gran avenida.

—Eh, ¿me oís? —les preguntó Vogeau desde la nave, a través del telecomunicador.

—Sí, claro.

—No os veo.

—No tema, seguiremos comunicándonos —respondió Santini. Cerró el micrófono y dijo a su compañero—: Vogeau se está poniendo pesado.

—Está receloso.

—Bah, no es para tanto. No es el primer planeta que se queda sin vida animal.

Descendieron junto a un gran edificio que se alzaba frente a un parque.

—¿Entramos ahí?

—Sí, ¿por qué no? —le respondió Santini.

—¿Te has fijado en !a vegetación?

—¿Qué tiene de particular?

—Son como setas gigantes.

Werner tenía razón; eran setas gigantes, con el sombrero carnoso hacia arriba, como un antiguo paraguas colocado al revés por el azote del viento huracanado.

—No tiene nada de particular.

Santini tenía razón; la vegetación era distinta según los planetas, las condiciones en que se hubiera desarrollado, humedad ambiental, composición del suelo y tantos y tantos factores que hacían variar las especies.

—Bien, que entre uno y el otro se quede fuera vigilando —propuso Werner, apeándose del vehículo con el arma en la mano.

Santini se burló.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? No, no es miedo; es precaución.

—Está bien, yo entraré y daré un vistazo.

Santini, también armado con un fusil corto láser, penetró en el edificio.

Le bastó empujar la puerta para que ésta cediera y desde lejos le

dijo a su amigo y compañero:

—¿Lo ves? Ni están cerradas.

Santini se internó en el edificio donde se agrupaban varias compañías, despachos y oficinas. Todo estaba en perfecto orden.

Máquinas de escribir, pequeños ordenadores, mesas, archivos manuales y pantallas de recepción de datos.

Abrió diversos cajones sin hallar nada interesante.

No había electricidad en parte alguna; por tanto, los elevadores no funcionaban. Subió por las escaleras y abrió puertas hasta que en un despacho descubrió una caja de caudales tan alta como él mismo.

El aspecto de la puerta era muy sólido.

—Al fin encuentro algo interesante —se dijo.

Trató de abrir la caja. No lo consiguió por las buenas y optó por las malas. Se situó a distancia, apuntó con su láser en posición fundente-cortante y logró hacer un boquete en la caja de caudales. No funcionó ningún tipo de alarma.

—Ahora veremos qué premio me ha tocado.

Santini esperaba hallar objetos valiosos, mas se llevó una profunda decepción. Allí sólo había papeles que, sin duda alguna, debieron ser importantes en su día.

Santini torció el gesto.

—Tendré que entrar en un banco, a ver si hay lingotes de oro y platino en las cajas fuertes... —suspiró y llamó a su compañero—: Werner, ¿me oyes?

No obtuvo respuesta. Aguardó y repitió su llamada.

Continuó sin recibir respuesta a través del miniteleco- municador.

—¿Ocurre algo, Santini?

—Ah, eres tú, Vogeau —respondió por el comunicador que también se conectaba con la cosmonave—. Resulta que Werner no contesta, andará despistado.

—Ve con cuidado. ¿Dónde estás?

—Dentro de un edificio. Todo está en perfecto orden, pero

abandonado. Aquí no ha entrado ni un perro, suponiendo que hubiera perros en este planeta.

Santini descendió de nuevo a la calle.

Allí, frente a la escalinata, junto a los jardines, se hallaba el vehículo en el que habían llegado a aquel lugar, pero Werner no aparecía por parte alguna.

—¡Werner! —gritó, caminando de un lado a otro.

No veía rastros de Werner hasta que descubrió el arma de su compañero en el suelo. Cuando se inclinaba para recogerla, descubrió algo que le heló la sangre en las venas.

Por debajo de las raíces visibles de la seta gigante, asomaba la mano de su compañero, una mano aún con contracciones.

Comprendió de súbito que aquella seta gigante, que tenía el sombrero hacia arriba como un paraguas vuelto del revés, había atrapado a Werner con sus raíces, colocándolo bajo ellas, enterrándolo para tomarlo luego como alimento, absorbiéndolo, lo que quería decir que aquella seta gigante, contra todo pronóstico, tenía movilidad propia.

—¡Qué horror! —exclamó, retrocediendo. Apuntó con su arma a la seta gigante, disparando contra ella.

Mientras incineraba a la seta gigante que había atrapado a su compañero, matándolo, unas raíces se alzaron por encima de cu cabeza y hombros. Cayeron sobre él como una tupida red, derribándolo.

—¡Vogeau, Vogeau, socorro, auxilio, son, son…!

Unas poderosísimas raíces, impropias de un basidiomiceto, le rodearon el cuello, asfixiándolo mientras otras le sujetaban brazos y piernas como si fueran terribles ligaduras.

Mientras, otras raíces removían la tierra y colocaban a la presa en el hoyo excavado. Luego, la seta gigante se trasladó sobre sus raíces, ocultando a su presa para comenzar a digerirla.

Al no recibir telecomunicación de Werner y Santini, Vogeau comprendió que las cosas iban mal. Tenía que esperar, no obstante, porque abandonar la cosmonave era exponerse a desaparecer lo mismo que sus compañeros.

Lo que Vogeau ignoraba era que a distancia, a mucha distancia, unos ojos contemplaban la cosmonave con mucha atención.

CAPITULO II

—¿No hay ninguna comunicación de Nong-2? —preguntó Marius Cendra, comandante de la cosmonave *Model-33*, a Sartorius, encargado de la telecomunicación.

—No he recibido ninguna señal y es raro, parece como si ningún emisor funcionara.

Su rumbo era el planeta Nong-2, cuya estrella sol veían brillar con intensidad.

Mediante las cámaras de telescopía exterior, podían ver el planeta azul que en aquellos momentos constituía su objetivo; no había ningún signo exterior de acción bélica.

—¡Eh, Marius, Marius! —gritó Sartorius.

—¿Qué pasa?

—Acabo de recibir telecomunicación.

—¿De Nong-2?

—Sí.

—¿Del astropuerto?

—No.

—¿De dónde, pues?

—Del comandante Vogeau.

—Hombre, menos mal. Tenía que encontrarme con él en Nong-2 para unos asuntos que nos incumben a ambos.

—Pues, si quieres hablarle…

—Sí, pasa la telecomunicación.

Encendió la pantalla del televideófono y en ella apareció Vogeau, aunque con ligeras alteraciones en la imagen.

—Vogeau, ¿me oyes?

—Sí, Marius Cendra, te oigo y te veo, como supongo que tú me ves a mí. ¿No es cierto?

—Sí. Te comunico que en un par de horas llegaremos al planeta Nong-2.

—Si quieres un consejo, no tomes contacto con el planeta.

—¿Cómo dices?

—Si te es posible, mantente en órbita.

—¿Por qué?

—Hay problemas.

—¿De qué índole?

—No lo sé exactamente. Llegamos a Nong-2 y no hay nadie vivo, no existe vida animal aparente.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que estoy con mi cosmonave en medio de la plaza Gran Galaxia de la capital metropolitana Alfa.

—¿En medio de la plaza Gran Galaxia? —repitió Marius Cendra.

—Sí y no hay nadie, absolutamente nadie. La ciudad está tan muerta como el resto del planeta.

—¿Alguna catástrofe?

—No, aparentemente. Todo está en orden, no hay ningún edificio derruido ni radiactividad en el ambiente, el aire es perfecto.

—¿Y no sabes nada de la desaparición de los habitantes del planeta?

—No, pero hay algo más grave.

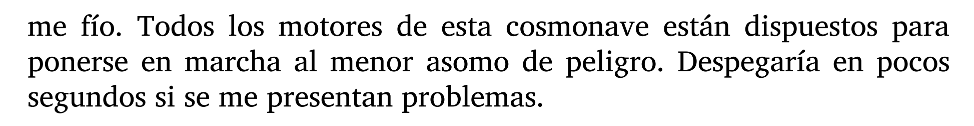
—Te escucho.

—Werner y Santini, mis compañeros de viaje, han desaparecido.

—¿De qué forma? —inquirió, intrigado.

—Han salido en un vehículo *atom-hovercraft* a explorar por la ciudad. No han regresado y no contestan a ninguna telecomunicación.

—¿Qué crees que puede haberles ocurrido?—Lo ignoro, pero no


me fío. Todos los motores de esta cosmonave están dispuestos para ponerse en marcha al menor asomo de peligro. Despegaría en pocos segundos si se me presentan problemas.

—¿Has tratado de buscarlos?

—Imposible, estoy solo en la cosmonave. Si salgo de ella, corro el mismo riesgo de desaparecer como Werner y Santini.

—Sí, es lógico. Cuenta con nuestra ayuda.

—Estaba seguro de que la tendría.

—Nos pondremos en órbita en la vertical de la metrópoli, descenderemos con una lanzadera.

—Os estaré esperando.

—No pierdas el contacto con nosotros y será mejor que no salgas solo de tu cosmonave.

—No pienso hacerlo. Aquí dentro me siento seguro y no dejo de vigilar las pantallas de las cámaras de telescopía por si soy atacado por alguien.

—No creo que vayas a ser atacado.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué han desaparecido Werner y Santini?

—Tienes la cosmonave lista para despegar, pero podrían enviarte un misil destructor si desearan aniquilarte.

—¿Un misil destructor, quién?

—No lo sé.

—Creo que nos hallamos ante algo distinto, Marius, algo con lo que no nos hemos enfrentado jamás.

—¿Un fenómeno desconocido?

—Sí. Ignoro de qué se trata, pero me temo que es un fenómeno totalmente desconocido. Werner y Santini no son unos idiotas y si han sido sorprendidos es porque algo ha debido sorprenderles y mucho.

Sartorius comunicó a Marius Cendra, comandante de la *Model-133*:

—En torno al planeta Nong-2 hay varios cientos de satélites

artificiales.

—¿En funcionamiento?

—Supongo que sí, pero ya sabes que esos satélites están totalmente automatizados, con pila atómica o con paneles de fotoelectroconversión y tienen energía suficiente para funcionar millones de horas.

—¿Y no emiten ninguna clase de mensaje?

—Por ahora, no. Si la civilización de Nong-2 está muerta, nadie exige datos a esos satélites automáticos.

—Bien, si hay algún mensaje, me lo indicas.

—Perfecto.

—Orbitaremos el planeta ocho vueltas.

—¿Grabamos en video todo lo que capten las cámaras de telescopía? —quiso saber Sartorius.

—Sí, conviene obtener imagen de la superficie del planeta por si nos hace falta para consultas. Sabremos si ha habido desplazamientos de placas continentales o algo que haya podido cambiar la geografía del planeta.

—Bien.

—Cuando estabilicemos nuestra posición en la vertical de la capital federal, descenderemos en la lanzadera Roland, Bastian y yo.

—De acuerdo.

La *Model-33* se aproximó suavemente al planeta Nong-2, disminuyendo su velocidad de aproximación para evitar choques o rebotes contra la ionosfera del planeta.

Entraron en órbita lejana para abarcar mayor campo focal con las cámaras de telescopía exterior y comenzaron a girar en torno al planeta Nong-2 cambiando las órbitas en cada ocasión para tomar imagen de todo el planeta por secciones.

Al fin, estabilizaron la cosmonave en la vertical sobre la capital a mil kilómetros de altitud, distancia más que suficiente para evitar peligros.

Cualquier cosmonave o misil que tratara de atacarles por

sorpresa, correría el riesgo de ser destruido en ese recorrido de mil kilómetros.

Marius Cendra caminaba con aplomo gracias a la gravedad artificial que funcionaba dentro de la cosmonave.

Era un terrícola alto, ancho de hombros; sin embargo, parecía delgado.

Su mandíbula era ligeramente prominente y adivinábase fuerte y dura. Su cabello era negro como el fondo infinito del cosmos. Llevaba un bigote de guías largas y arqueadas y sus ojos eran de un verde intenso y brillante, como si le hubieran incrustado dos espléndidas esmeraldas marcianas a través de las cuales veía.

Dentro de lo extraño y al mismo tiempo aterrador que resultaba que el planeta Nong-2 se hubiera quedado sin habitantes, pues desconocían el cómo y el porqué de su desaparición, todo estaba tranquilo en apariencia. No había ningún peligro visible.

La nave lanzadera, una superultrapolivalente, salió disparada por el tubo lanzador espacial. A bordo viajaban el propio Marius Cendra y sus dos compañeros Roland y Bastian.

Los tres llevaban los chalecos de colonos espaciales en los cuales iban adheridos telecomunicadores, cuchillos cortadores láser de precisión, guantes antialtatensión, linternas y otros pequeños artilugios para abrirse paso en los lugares más difíciles.

Portaban también los fusiles polivalentes y sus cabezas iban protegidas con cascos para evitar golpes imprevistos e incluso disparos de primitivas armas de fuego.

Marius Cendra controló la lanzadera y antes de descender junto a la cosmonave de Vogeau, dio una vuelta por encima de la metrópoli, buscando algo extraño que les llamara la atención.

Fue Bastian quien, con un pequeño grito, exclamó:

—¡Allí está!

—¿Ocurre algo? —inquirió Vogeau desde su cosmonave.

Marius Cendra respondió por el telecomunicador:

—Hemos localizado un *atom-hovercraft*.

—¿Veis a Werner y a Santini?

—No vemos a nadie por el momento, pero vamos a efectuar una aproximación.

—Me mantengo a la escucha —dijo Vogeau.

La lanzadera se situó a escasos metros del *atom-hovercraft* detenido y los tres cosmonautas comenzaron a buscar.

—¿Veis algo? —preguntó Marius a sus compañeros.

—No.

—Veremos por infrarrojos.

Conectaron la cámara de infrarrojos y observaron la pantalla que la lanzadera tenía dentro del salpicadero.

—Eh, mirad, esas setas despiden calor —señaló Roland.

—Son setas gigantes. No sabía que hubiera esta especie aquí —comentó Marius—, pero no tiene importancia.

—¿Y tampoco tiene importancia que su temperatura esté por encima de la ambiental? —preguntó Bastian.

Marius respondió:

—Puede que se esté pudriendo por dentro.

Roland agregó:

—Cualquier cuerpo vivo, sea vegetal o animal, al corromperse despide un calor detectable por infrarrojos, pero eso es después de iniciada la corrupción.

—¿Los encontráis? —preguntó la voz de Vogeau por el telecomunicador.

—No, no los encontramos. Voy a llamarles por el emisor exterior, si están en los alrededores tendrán que oírme.

—¡Werner, Santini, estamos esperando aquí, somos amigos!

La llamada por megafonía exterior fue insistente.

La voz de Marius Cendra se propagó por gran parte de la ciudad; sin embargo, no hubo respuesta.

El silencio era absoluto, salvo el ligerísimo silbido del motor de la lanzadera.

—¿Y si están dentro del edificio y les ha ocurrido algo? —preguntó Bastian, señalando el edificio en el que entrara Santini.

—Voy a entrar ahí. Vosotros me esperáis, pero no salgáis de la lanzadera. ¿De acuerdo?

Asintieron y Marius posó el vehículo no lejos del *atom- hovercraft*. Con el fusil polivalente entre sus manos, se adentró en el edificio. El silencio era total.

—¡Werner, Santini!

No hubo respuesta para él y así llegó hasta la caja fuerte reventada.

Quedó pensativo, observando los papeles que se hallaban desparramados por el suelo. Se inclinó y aunque el polvo era ligerísimo, descubrió unas huellas que fue siguiendo hasta la salida.

Cuando le vieron salir agachado, le preguntaron por el telecomunicador:

—¿Ocurre algo?

—No, sólo estoy siguiendo huellas.

De pronto, Bastian, aterrado, observó a su compañero:

—¡Mira, aquella seta se mueve!

—¡Cuidado, Marius! —gritó Roland por la megafonía exterior.

Ante aquel aviso, Marius saltó de lado y logró escapar a unas largas raíces que se habían alzado por encima de su cabeza.

Vio la gran seta semejante a un árbol no muy grande, con su sombrerete en forma de cono invertido avanzando hacia él y no dudó en dispararle el rayo incinerante que dio de lleno en el hongo, que se convirtió en una llamarada blanca, carbonizándose rápidamente.

—¡Rápido, Marius, hay otras! —le advirtieron por el altavoz.

Con la puerta de la lanzadera abierta, Bastian disparó contra dos setas cuyas raíces trataban de dar alcance al humano terrícola y que fueron incineradas por sendos disparos.

Marius corrió hasta la lanzadera.

Al volverse, vio otras setas gigantes que se movían oscilantes y

emitían una especie de rugido.

—¡No es posible! —exclamó Marius.

—¡Esos hongos gigantes tienen vida animal! —gritó Bastian, apuntando a otro que iniciaba movimientos de avance hacia ellos, destruyéndolo.

—¿Creéis que ellos han atacado a Werner y a Santini? —preguntó Roland.

—Es una posibilidad —admitió Marius—. Hay que liquidar a todas esas setas y luego rastrearemos el área.

—Será un placer asar hongos —gruñó Bastian, disparando contra aquellas setas que sacaban sus raíces del suelo y se desplazaban en la dirección que deseaban.

Cuando hubieron quemado una docena de aquellos malditos hongos, los demás, en número de casi medio centenar, huyeron en todas direcciones.

Bastian gruñó:

—Parece que tengan ojos.

—Quizá los tengan —opinó Marius.

—¿Qué clase de monstruos son ésos? —se preguntó Bastian.

Marius replicó:

—Ya tendremos tiempo para averiguarlo.

Desde su cosmonave, Vogeau preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Se trata de setas gigantes que atacan —le respondió Marius.

—¿Setas?

—Sí, una especie muy rara y gigante. Hemos tenido que incinerar a unas cuantas.

Roland saltó hacia los restos hediondos de los hongos incinerados o carbonizados en parte. El olor era insoportable.

—¡Marius, ven! —gritó, deteniéndose junto a uno de los agujeros con tierra removida del que había escapado una de las setas.

Marius corrió a su lado y apretó las mandíbulas al descubrir un esqueleto humano.

También estaban allí las botas que no habían sido digeridas por las raíces.

Bastian señaló:

—Ahí está el otro.

—Ya no cabe duda de lo que les ha sucedido. Regresemos.

A bordo de su cosmonave, Vogeau les aguardaba tenso. Marius Cendra, tras estrecharle la mano, le explicó lo que habían encontrado.

—¿Hongos gigantes carnívoros?

—Eso parece, aunque yo diría que no son totalmente vegetales.

—¿Animales con aspecto de seta?

—Quizá mitad animales mitad vegetales; aunque su aspecto exterior sea más de vegetales, se comportan como animales de presa.

—Les dije que tomaran precauciones.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Vogeau.

—No lo sé —respondió Marius con sinceridad—. Teníamos que encontrarnos aquí para asociarnos en el transporte de un cargamento especial desde Nong-2 al planeta Tierra, lo que nos habría ido muy bien para tomarnos unas vacaciones al término del viaje en nuestro planeta, pero ahora las cosas han cambiado.

—Sí, han cambiado trágicamente.

—¡Marius, Marius! —gritó Bastian de pronto, comunicándose desde la nave lanzadera.

CAPITULO III

—¡Hemos visto a dos seres humanos!

—¿Dónde? —inquirió Marius Cendra.

—En aquel edificio cilíndrico que hay al fondo —indicó Bastian desde la lanzadera.

—A simple vista, desde aquí no se puede distinguir nada.

—Los hemos visto a través de una cámara de telescopía.

—¿Lo habéis grabado?

—No.

—¿No puede ser una alucinación?

—No lo es —insistió Bastian.

—Id en aquella dirección y dad un vistazo, pero tened mucho cuidado. Ya sabéis que donde haya hongos u otros vegetales gigantes que se le parezcan puede haber peligro.

—Bien, ahora volveremos.

Marius se quedó a bordo de la cosmonave junto a Vogeau mientras Roland y Bastian iban a comprobar que lo que habían visto en la pantalla no era una alucinación.

—¿Eran humanos? —preguntó Vogeau.

—Eso parece —respondió Marius—, aunque todavía no es seguro.

—¿Crees que puede tratarse de Werner y Santini?

—No, no cuentes con ellos, dalos por muertos. Esos hongos gigantes los han atrapado convirtiéndolos en su alimento. Por poco me atrapan a mí también, ignoraba que existiera este tipo de vegetales con animación propia de animales.

—Yo tampoco lo sabía. ¿Crees que ellos pueden haber exterminado a los humanos de este planeta?

—No sé, me resulta difícil aceptarlo. Por muy devoradores que sean, la civilización de Nong-2 tenía una tecnología suficientemente

avanzada como para hacer frente con sus armas a un ejército de hongos gigantes carnívoros.

—¿Cómo es posible entonces que hayan desaparecido los humanos y en cambio estén ahí esos hongos carniceros, capaces de atacar a terrícolas armados hasta el punto de sorprenderlos y devorarlos?

—Tú lo has dicho, han debido sorprenderles. Tienen muchas raíces y caen encima de la presa como una tupida red de la que debe ser muy difícil escapar.

—Voy a destruir todos los hongos de esa clase que encuentre en el planeta —masculló Vogeau.

—Yo te ayudaría si supiera cuántos hay, porque imagínate que haya millones de ellos en todo el planeta.

Bastian y Roland no tardaron en regresar, volvían decepcionados.

—¿Nada? —les preguntó Marius.

—Nada —respondieron.

Por su parte, Bastian insistió:

—Te prometo que he visto dos figuras humanas. Cuando he querido ampliar la imagen, han desaparecido.

—Es posible que no seamos los únicos humanos.

Vogeau opinó:

—Yo he estado aquí suficientes horas como para que se acercaran a mí los supervivientes, si es que los hay.

—Quizá han tenido miedo de acercarse —opinó Bastian.

—¿Miedo de qué, si somos terrícolas? —se asombró Vogeau.

—Hay que averiguar lo que ha pasado aquí —sentenció Marius Cendra—. Y habrá que enviar un mensaje al planeta Tierra explicando lo que hemos descubierto.

—Tardará mucho en llegar a la primera colonia espacial y de ella, al planeta Tierra —le observó Roland.

—De todos modos, enviaremos un primer mensaje. Mientras, buscaremos la explicación de lo sucedido; no podemos olvidar que

aquí residía una colonia terrícola.

—¿Sabemos dónde residían, exactamente? —preguntó Vogeau.

—Tengo datos al respecto, no nos costará encontrarla y quizá en alguna parte hallemos una pista que nos aclare lo ocurrido y también la aparición de esos hongos carnívoros que se desplazan de un lugar a otro para hallar su alimento.

—No estaría de más sobrevolar el área donde están esos hongos y exterminarlos desde el aire, así evitaríamos ser atacados.

Mientras preparaban un plan de acción, Bastian y Roland ascendieron en círculo con la pequeña nave lanzadera.

Situados a sigo más de un kilómetro de altura, comenzaron a buscar mediante las cámaras de telescopía.

—Fíjate, Roland: Ahí, junto al cauce del río, cerca del lago, hay un bosque completo de esos hongos.

—Asegurémonos.

Aproximaron la imagen aumentando la potencia de los objetivos de las cámaras y pudieron ver que, en efecto, se trataba de los hongos gigantes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Roland.

—Ahora que los tenemos localizados, vamos a comunicarnos con Marius, él dirá.

Marius Cendra respondió en seguida. Permanecía atento a la telecomunicación, ya que también se mantenía en contacto con la *Model-33*.

—¿Habéis localizado algo?

—Sí, una colonia completa de hongos carnívoros.

—Analizadlos espectrográficamente y tomad nota del grado de radiación infrarroja. De este modo, mediante rayos infrarrojos, los descubriremos inmediatamente.

—De acuerdo. ¿Y luego, qué?

—Emplead un misil termonuclear de acción controlada.

—Está bien. Los vamos a asar, aunque no creo que a nadie le

apetezca comer esa clase de setas asadas.

Apuntaron al centro de la colonia de hongos mientras efectuaban el análisis espectrográfico y su grado de radiación infrarroja.

—¡Listos!

Dispararon y apenas notaron .el pequeño misil que partió de la lanzadera.

En el radio de un kilómetro, toda materia orgánica quedaría carbonizada sin provocar radiación letal alguna.

Se levantó una gran humareda mientras, a ras de suelo, se desparramaba una gran llamarada blanca. Luego, se tornó roja y después oscura hasta que desapareció.

—Esos ya no molestarán más —dijo Bastian, satisfecho.

—¿Por qué no volamos por encima de los parques de la metrópoli?

—Sí, ¿por qué no? —respondió Bastian.

Se lo comunicaron a Marius y éste no opuso objeción alguna.

Utilizando el visor de infrarrojos, encontraron otra nueva colonia en un parque urbano, cerca de unos estanques.

—¿Te has fijado, Bastian?

—¿En qué?

—En realidad, no se alejan mucho del agua.

—Es cierto, casi siempre hay agua cerca de donde ellos están.

—Será porque la composición de sus cuerpos posee una gran cantidad de agua.

—Sí, eso es lo que sé también. ¿Crees que esta clase de setas estarán clasificadas en alguna parte?

—No creo, más bien pienso que se trata de una mutación cromosómica.

—Pues, sea como sea como se han creado, ahí tenemos colonias completas de peligrosos monstruos.

—Habrá que coger un pedazo de uno de ellos y llevarlo al

laboratorio de la *Model-33* para que sea analizada su estructura celular.

Comunicaron a Marius el nuevo hallazgo y éste les pidió:

—No disparéis un misil termonuclear en el parque, destruiríais demasiadas cosas.

—Bien, emplearemos el cañón láser. .

—Procurad recoger un pedazo de esos hongos para que lo podamos analizar.

—De eso estábamos hablando Roland y yo —contestó Bastian.

—Pero, no os arriesguéis demasiado.

—Volveremos, descuida, no queremos convertirnos en abono orgánico para hongos.

Dispararon el cañón láser y vieron cómo se destruían los hongos.

La aniquilación de unos provocó el pánico en los otros y desenterrando con suma facilidad sus raíces, comenzaron a huir en todas direcciones.

—Fíjate cómo escapan, Roland, qué facilidad más extraña tienen para escapar a toda prisa.

—Hay que achicharrarlos.

Con la lanzadera detenida en el aire en la vertical sobre aquella colonia de hongos, siguieron disparando.

Sin embargo, no pudieron evitar que un buen número de ellos escaparan del parque por entre los calles de la metrópoli, incluso ocultándose dentro de los edificios.

—¡Roland!

—¿Sí?

—¿Crees que tienen inteligencia?

—No lo creo, pero si la tuvieran, sería horrible.

Cuando observaron que los que no habían huido se hallaban quemados, descendieron.

Posaron la lanzadera junto a uno de los hongos cuyo sombrero

aparecía carbonizado.

Bastian sacó un afilado cuchillo y saltó al suelo.

—Ahora vuelvo.

Se inclinó sobre el tronco del hongo y cortó un pedazo.

Mientras lo hacía, una de las raíces que parecía impropia de un hongo, pues era fibrosa y larga, más propia de una palmácea, se enroscó en torno al cuello del hombre.

—¡Cuidado!

Bastian no tardó en cortar la raíz de aquel hongo agonizante. Luego, llevando el trozo cortado del tronco y el pedazo de raíz enroscado a su cuello, regresó a la lanzadera.

—Vámonos. De esas cosas, pues ya no sé cómo llamarlas, no hay que fiarse.

Se elevaron, de regreso a la cosmonave de Vogeau.

Una vez allí, no tardaron en ver la estructura celular del hongo que apareció en pantalla a todo color.

—Fíjate, la membrana rígida que debería tener, como vegetal que es o parece ser, resulta muy fina y diría que flexible —observó Marius Cendra.

—Este tipo de célula no aparece espontáneamente en la naturaleza.

—Puede ser el producto de una mutación provocada por una mente retorcida a la que se le ha escapado el control de su obra. También podría tratarse de una mutación celular causada por algún elemento extraño que haya aparecido en la atmósfera de este planeta —opinó Marius, mirando a sus compañeros, buscando en ellos una aceptación o un rechazo de sus teorías.

Bastian aprovechó para añadir:

—Lo que podría explicar la desaparición total de los habitantes de Nong-2.

—No creo. La causa de la desaparición de los habitantes del planeta debe ser otra y más importante. Esos hongos pueden haber devorado a su manera a mucha gente, pero no se han metido por todos los rincones debido a su volumen y a su capacidad de

movilidad. Debe haber algo, algo más que todavía desconocemos.

Todos miraron interrogantes a Marius Cendra, como buscando en él la respuesta a tantas incógnitas como les quedaban por descifrar.

CAPITULO IV

Bastaba ver el rostro de Agata Salvi para advertir la tensión que atenazaba a la joven, lo mismo que a Sonia, su compañera de problemas.

Ambas no se separaban de las pistolas incinerantes que llevaban consigo.

Sobrevivir se había convertido en un cúmulo de dificultades que a ambas les parecían insalvables. Vivir en Nong-2, en aquella opresiva soledad pero al mismo tiempo rodeadas de enemigos, las había marcado.

Se hallaban escondidas dentro de un pequeño *shop-center* de alimentación.

No podían acercarse al área de alimentos frescos o semiperemnes con envases ligeros, ya que constituían verdaderas montañas de insectos que comían de ellos. Las muchachas se alimentaban con productos envasados de larga duración y frutos secos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Agata.

—¿Qué piensas tú que hagamos?

—Son terrícolas, como nosotras.

—¿Y si se trata de una trampa? —inquirió Sonia, recelosa.

—Tendremos que arriesgarnos.

—Si nos capturan, ya sabes cuál será nuestro fin.

—Sí, sí, lo sé —asintió Agata, nerviosa—. Pero tampoco podemos vivir siempre como ahora lo hacemos, terminaríamos sucumbiendo.

—Si por lo menos tuviéramos un emisor-receptor, nos habríamos puesto en contacto con ellos.

—Tendremos que hacerlo pero de forma personal. No nos queda otra salida, así no podemos continuar.

—Está bien. Intentaremos el acercamiento esta noche, pero si nos equivocamos, lo pagaremos muy caro.

—De todos modos, habremos terminado con este infierno. Sin

embargo, creo que no nos equivocaremos, han estado destruyendo a esos malditos hongos carnívoros.

—Hay tantos... Sólo pensarlo me produce escalofríos.

—Sí, lo malo es que se reproducen con suma facilidad por las esporas y crecen tan aprisa que resultan espantosos.

—Hay que evitarlos.

Agata y Sonia habían decidido ya efectuar el acercamiento a los terrícolas, aunque no estaban muy seguras de lo que iba a ocurrir.

Se hallaban asustadas; no obstante, comprendían que no podían continuar viviendo en la forma que lo hacían.

Se internaron en un edificio, siempre escogiendo lugares donde no pudieran estar las malditas setas que no entraban en los edificios, ya que buscaban la proximidad de la tierra para poder ahondar con sus raíces.

—Mira, una aeronave terrícola —indicó Agata, señalando la lanzadera que regresaba a la plaza mayor junto a la cosmonave de Vogeau.

—¿Crees que destruirán todos los hongos?

—Imposible, hay demasiados; pero quizá sí consigan asustarlos, ya sabes que se comportan como animales, y se alejen de la ciudad

—Sería un alivio —dijo Sonia—. Siempre tengo pesadillas de que uno de los malditos hongos me atrapa con sus raíces para sepultarme bajo él y así tomarme como alimento

—Es como enterrarte en vida y plantarte un árbol encima

—Peor.

—¿Peor?

—Sí.

—¿Por qué?

—La capacidad de asimilación de alimentos de esos hongos es brutal, por eso crecen hasta tres y cuatro metros en tan breve tiempo, sólo en meses.

—Si, pero eso también ocurre porque se asientan en tierras muy

húmedas, ya que toman mucha agua.

Descansaron mientras el cielo se coloreaba en naranja Luego, llegó la oscuridad de la noche.

Nong-2 no tenía lunas; sin embargo, la proximidad y volumen de los planetas tres y cuatro, al reverberar la luz de la estrella sol Nong, producía el efecto a los terrícolas que allí vivían de que eran dos grandes lunas.

Mas, no era así, ya que se alejaban, se hacían más pequeños y sólo cada tres años, uno de aquellos planetas, el tres, aparecía grande y muy luminoso.

Por entonces, se hallaban en el periodo medio y de conjunción de los planetas Nong-3 y Nong-4 con el Nong-2 y podían verse bastante bien.

—Es el momento —siseó Agata Salvi.

—Si no hay suerte, ésta será nuestra última salida.

—¿Crees que merece la pena seguir viviendo como ratas asustadas, temiendo que en cada ocasión que abandonemos un escondite nos capturen los hongos o...?

—O los genocidas, lo sé. Vamos.

Descendieron por la escalera interior del edificio en que se habían escondido y salieron a la calle, una amplia avenida.

Sólo las iluminaba la débil luz que les llegaba de los planetas Nong-3 y Nong-4, que no era mucha por la posición en que se hallaban colocados en el horizonte.

Avanzaron sin despegarse excesivamente de las paredes. Sus ojos se habían habituado a la escasísima luz; además, conocían bastante bien la metrópoli y no temían perderse lasta llegar a la gran plaza que durante el día se llenaba con a luz de la estrella sol y que de noche permitía ver el firmamento en una gran amplitud, ya que los edificios circundantes estaban alejados.

Escucharon un rugido que las sobrecogió; lo habían oído en otras ocasiones.

—Son los genocidas —dijo Agata.

—¡Corramos!

—Allí hay un escondite.

Se refugiaron bajo el arco que formaban unas escaleras ascendentes que conducían a un enorme edificio de línea muy avanzada.

Las dos jóvenes mantenían en sus manos sendas pistolas, con los dedos acariciando el gatillo. Sin embargo, ambas sabían muy bien que con aquellas pequeñas pistolas nada podrían hacer contra lo que se estaba acercando.

Por el centro de la avenida, como cuatro o cinco metros por encima del suelo, se desplazaba lentamente, como recorriendo sus dominios, una extraña y terrorífica nave que tenía mucho de animal monstruoso.

Los ventanales de proa semejaban ojos y la compuerta del morro, una boca. Multitud de brazos nada aerodinámicos se estiraban y encogían, buscando en el aire como si fuera un gigantesco insecto.

Aquella nave voladora era tan grande que casi ocupaba la calle por completo y despedía rayos luminosos en todas direcciones. Unas luces eran rojas, otras verdosas, otras azuladas y las había amarillas. Resultaba un espectáculo sobrecogedor.

Aquellos rayos se estrellaban contra el asfalto, contra paredes, como queriendo destruirlo todo.

Las dos jóvenes tuvieron que sujetar su terror ante aquella monstruosa nave que se acercaba hacia donde ellas estaban, ocupando casi todo el ancho de la avenida.

—No nos descubrirán, no nos descubrirán —gimió Sonia en voz baja.

—Cállate, nos pueden oír por sensores.

La fantasmagórica nave que semejaba un monstruoso insecto gigante pasó de largo y las dos mujeres suspiraron de alivio.

—Vamos, ahora —le dijo Agata a su compañera, saliendo del arco de la escalera.

—¿Tan pronto? Están muy cerca.

—Vamos.

—¿Y si los otros también son genocidas?

—Nos arriesgaremos, así no podemos seguir viviendo.

Sonia no tuvo más remedio que seguir a su compañera las dos, cruzando calles solitarias, llegaron a la plaza.

Frente a ellas estaba detenida la cosmonave de aspecto majestuoso y por cuyas ventanas escapaba la luz que había en el interior.

Agata hizo observar a su compañera:

—¿Ves como no se parece en nada a las naves genocidas?

—Tengo miedo.

—Yo también, pero hay que seguir adelante.

—Si intentan atacarme, dispararé —dijo Sonia, sin lograr contener su profundo nerviosismo.

—Guarda la pistola en la funda, hay que acercarse con naturalidad. Si piensan que vamos a atacarles, antes de llegar a la cosmonave nos habrán convertido en cenizas.

Comenzaron a avanzar despacio. Sonia temblaba, su mirada estaba fija en las ventanas de la cosmonave terrícola que, colocada en posición horizontal, también semejaba un gran monstruo esperando dar el gran salto mortal sobre sus presas.

De pronto, un foco de gran potencia se encendió y la luz dio de lleno sobre las dos muchachas que, instintivamente, se cogieron de las manos como buscando confianza y apoyo la una en la otra. Quizá, en un par de segundos, dejaran de existir...

CAPITULO V

—¡Son dos mujeres! —exclamó Vogeau, centrando la imagen en una de las pantallas.

A su lado, Marius Cendra, opinó:

—Y diría que asustadas.

—Si no se trata de una alucinación, es lógico que estén asustadas —observó tras ellos Bastian—. Con esos hongos carnívoros que pululan por ahí, buscando comida...

—Conecta la megafonía exterior —pidió Marius Cendra a Vogeau.

—Ya está —respondió Vogeau, accionando un conmutador.

—No temáis, somos amigos, terrícolas. Avanzad hasta la rampa y entrad en la cosmonave. Repito, somos amigos, terrícolas.

Las dos jóvenes se miraron un instante y ambas, sin decirse nada, pero entendiéndose a la perfección, echaron a correr hacia la rampa de acceso sin soltarse de la mano.

Cuando llegaron, jadeaban.

La puerta se abrió y esperándolas estaba Marius Cendra con su considerable estatura, sus ojos verdes y su cabello negro. Obviamente era un terrícola.

Ellas se encontraron con los brazos abiertos del hombre y, sin darse cuenta, se fundieron en un abrazo.

Marius Cendra fue capaz de estrecharlas a las dos con sus largos y poderosos brazos bien musculados.

—¡Eh, déjame una para mí! —pidió Bastian.

Las dos chicas se separaron y, de pronto, como si se pusieran de acuerdo, comenzaron a sollozar. Marius las separó ligeramente y les dijo:

—Mi amigo Bastian tiene razón, a llorar una a sus brazos.

Sonia fue hacia Bastian, mirándolo con los ojos húmedos de llanto.

—¿Por qué lloras, es de miedo? —preguntó Bastian, añadiendo—: ¿Tan monstruosos somos?

Mientras, Marius Cendra observaba a Agata Salvi y pese a su rostro demacrado, a sus ojos anegados en lágrimas, le pareció una mujer muy hermosa.

Tenía los cabellos del color del oro viejo y las pupilas, de un azul tan intenso que llamaban la atención.

Era alta, le llegaría a él por la nariz y su cuerpo estaba muy bien formado. Lo notaba bajo sus manos y ella no tenía prisa por apartarse de él.

—¿Más tranquila ya? —preguntó Marius.

—Sí —asintió Agata dificultosamente.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Vogeau, apareciendo junto a ellos.

—Estamos solas en el planeta y hemos estado escapando durante mucho tiempo para que los hongos gigantes no nos devoren o los genocidas nos capturen.

Los tres hombres se miraron entre sí. Marius preguntó:

—¿Quiénes son los genocidas?

—No lo sabemos —respondieron ambas, casi al unísono.

—No lo sabéis, pero habláis de ellos —objetó Vogeau.

—Hemos visto sus terroríficas naves. Hace un rato, una de ellas avanzaba por la avenida.

Los tres hombres volvieron a mirarse, interrogantes.

—¿Hace un rato? —insistió Marius.

—Sí, quince o veinte minutos, media hora a lo sumo.

—¿Habrán sido las luces iridiscentes que hemos localizado por encima de los edificios? —preguntó Bastian.

—Hay que averiguarlo.

—¿Cómo? —preguntó Bastian.

—Yo subiré con la lanzadera y vosotros, tened a punto las armas

por si somos víctimas de algún ataque.

—Es preciso que sepamos quiénes son los genocidas —dijo Vogeau, nervioso.

Agata Salvi explicó sin precisión, pues su confusión era patente:

—Los genocidas son los que han acabado con toda la población de este planeta.

—Con todos, no —puntualizó Bastian.

—Es cierto, nosotras dos nos salvamos.

—¿Cómo han aniquilado a toda una civilización, colonias incluidas?

Sonia comenzó a explicar:

—Nosotras ya habíamos oído rumores de que había malestar, pero no hicimos caso. Estábamos aquí en Nong-2 para explorar sus fondos marinos y para ello teníamos un hábitat submarino en el que pasamos tres meses, casi como si fuéramos habitantes del fondo del mar de este planeta. Cuando salimos a la superficie, ya había ocurrido todo,

—No quedaba nadie —añadió Agata—. Todos habían desaparecido.

—¿Y cómo supisteis de los genocidas?

—Un mensaje grabado que encontramos en la base de la que habíamos partido —explicó Agata.

Marius Cendra, muy interesado, preguntó:

—¿Y qué decía ese mensaje?

—Que los genocidas habían iniciado su operación de exterminio y que ya habían aparecido los hongos carnívoros.

—¿De dónde salieron esos hongos? —preguntó Vogeau.

—Lo ignoramos; sólo sabemos que los genocidas habían exterminado a todos los seres vivos del planeta y que los hongos carnívoros habían devorado los cadáveres. Hemos visto con nuestros propios ojos lugares donde los hongos habían estado y sólo aparecían huesos humanos e incluso de animales, es lo único que dejan. Todo el planeta está lleno de pequeños hoyos en la tierra húmeda conteniendo

huesos.

—Pero, algo más habréis podido averiguar —insistió ahora Bastian que no parecía tener interés en que Sonia se separase de él.

—Nos hemos tropezado con los hongos carnívoros y nos hemos deshecho de ellos a tiros, pero hemos tenido que escapar corriendo porque hay muchos, es espantoso.

—Y de los genocidas, ¿qué sabéis? Bueno, ya sé que decís que nada, pero…

—Van dentro de unas naves siniestras que recorren las ciudades buscando algún superviviente. Esta noche hemos escapado por muy poco.

En aquel momento apareció Roland casi gritando:

—¡Eh, Marius!

—¿Qué?

—Sartorius desea hablar contigo. Dice que ha visto una nave desconocida paseándose por la metrópoli y nos previene que estemos alertas.

—Ahora mismo voy.

Marius fue al encuentro de Roland y con él, fueron todos.

Sartorius, que se mantenía en órbita a bordo de la cosmonave *Model-33*, aparecía en pantalla.

—Sartorius, ¿qué has visto?

—A una nave extraña.

—¿Cómo era? —inquirió Marius ante la expectación de todos.

—Ahora la verás.

—¿La has captado?

—Sí, está en grabación, ahora os la paso.

La imagen de Sartorius desapareció y pudieron ver una extraña cosmonave de aspecto desconocido y a la vez siniestro que más parecía un insecto gigante despidiendo luces de distintos colores como si fueran cañonazos láser.

—¡Esos, ésos son los genocidas! —exclamó Agata, señalando la pantalla.

—¡Por todos los meteoritos de la galaxia, eso es una cosmonave de guerra, no cabe duda! —opinó Vogeau, exaltado.

Por su parte, Bastian pidió:

—Hay que tener las armas listas para replicar.

—Nos atacarán —dijo Sonia, pesimista.

Marius Cendra, ceñudo, observó, racional:

—Por qué no nos han atacado aún?

—Quién sabe si están esperando mejor ocasión —rezongó Vogeau.

La grabación concluyó y en pantalla apareció de nuevo imagen de Sartorius que se hallaba en órbita dentro de cosmonave *Model-333*.

—¿La habéis visto bien?

—Sí, Sartorius. Queremos su localización exacta.

—Dos kilómetros trescientos metros al noroeste de donde estáis. Se desplazaba de norte a sur.

—¿Y adonde ha ido?

—No lo sé. Ha desaparecido como tragada por la tierra.

—Mantente atento, Sartorius. En cuanto la vuelvas a ver avísame de inmediato —le pidió Marius Cendra.

—¿Vosotras sabéis dónde pueden ocultarse esas naves de guerra que llamáis genocidas?

A la pregunta de Vogeau, las dos mujeres respondieron moviendo negativamente sus cabezas.

—Bueno, tendremos que estar alertas —opinó Marius Cendra—. No estamos mal situados, tenemos una cosmonave en el centro de la metrópoli con un gran campo de acción disponemos de vehículos *atom-hovercraft* paia ir a ras del suelo y una nave lanzadera. También tenemos mi cosmonave *Model-33* en òrbita sobre la metròpoli, ella puede advertirnos de la proximidad de cualquier nave extraña e incluso atacarla desde su posición.

—Todo parece muy fácil tal como lo explicas —le observó Vogeau—, pero nosotros no somos milicianos y nuestras, armas no son nada extraordinario comparado con lo que puede llevar una nave de guerra.

—Vogeau tiene razón —asintió Bastian—. Además, pueden aparecer más naves de ésas y rodearnos. ¿No sería mejor largarnos de aquí y dejar para ellos este maldito planeta, ya carente de vida?

—¿Y si hay más supervivientes como estas dos bellezas?

A la pregunta de Marius, todos le miraron. Las dos muchachas agradecieron el calificativo con una sonrisa.

Vogeau suspiró. Sus hombros semejaron descender unas pulgadas antes de decir:

—Tienes razón, Marius. Si ellos han genocidado a la civilización de Nong-2 y también a las colonias que aquí estaban, entre ellas la nuestra, la terrícola que ha desaparecido, debemos plantearles batalla o cuando menos, descubrirlos y enviar mensajes a nuestro gobierno para que mande una flota de cosmonaves milicianas y que ellos resuelvan este problema castigando a esos seres del espacio que son capaces de atacar y aniquilar a una civilización.

—Entonces, ¿vamos a dar la cara? —preguntó Bastian.

—Sí —respondió Marius, tajante. Después, miró a las muchachas —. ¿Qué decís vosotras?

—Que estamos con vosotros. ¿Qué otra cosa podemos hacer? —contestó Agata Salvi, mirando más que nada a los ojos verdes y vivaces de Marius Cendra.

—Podéis servirnos de mucho. Conocéis mejor que nosotros este planeta.

Vogeau tenía razón. Por lo visto, las muchachas conocían el planeta bastante bien, pero ignoraban lo principal: Dónde estaba la base de los genocidas, y así lo puntualizó Bastian.

—Lo importante sería saber dónde se esconden y atacarles por sorpresa.

—Lo malo —objetó Vogeau— es que ellos sí saben dónde estamos nosotros.

—Si nos atacan, les haremos frente —advirtió Marius, añadiendo

—: Los nongianos también tenían naves de guerra.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Bastian.

—Que esas cosmonaves bélicas pueden estar en el astropuerto o en alguna base miliciana cosmonáutica de Nong-2.

—¿Pretendes que nos hagamos con alguna cosmonave de combate?

A la pregunta de Bastian, Marius respondió:

—¿Y por qué no? De una o de más si pueden ser gobernadas por un solo hombre. Podemos hacernos con varias y las chicas también podrían pilotar cosmonaves de combate

—¿Nosotras? —inquirió Sonia, angustiada.

—Tenéis preparación superior tecnológica, ¿no?

—Sí —asintieron ambas.

—Entonces, con una enseñanza breve, podéis pilotar una cosmonave de combate. Siempre podéis atacar un objetivo si se presenta la ocasión y si talláis, no será tan grave. Ellos creerán que somos una completa escuadrilla con posibilidad de ataque.

Todos comprendieron que el plan de Marius Cendra era arriesgado pero factible, si es que aún quedaba alguna cosmonave de guerra en las bases milicianas de Nong-2.

CAPITULO VI

—¿Puedes acompañarme? —le preguntó Marius Cendra. Agata había descansado y repuesto con un baño de hidromicroondas que la había regenerado totalmente. Se sentía como nueva y ello se reflejaba en la palidez de su rostro.

—¿Adónde?

—Voy a visitar el astropuerto y a buscar las bases milicianas. Tú conoces el planeta y puedes acompañarme.

—¿Y Sonia?

—Estará con Bastian en un vehículo *atom-horvecraft* recorriendo las calles de la metrópoli, buscando el rastro de las naves genocidas. Tenemos que hallar esas naves para luchar contra ellas y también el escondite de los invasores. —Está bien, voy contigo.

—Sé que es arriesgado moverse. Lo más práctico sería subir con la lanzadera a mi cosmonave que tengo en órbita y de allí partir rumbo al planeta Tierra.

—Sí, sería lo más cómodo, lo más práctico, pero no lo más adecuado.

—Exacto, Agata. Si son muchos, si son poderosos, escaparemos como podamos, pero si no son tantos, les haremos frente. De momento, Vogeau ya está enviando mensajes a nuestro gobierno del planeta Tierra, explicando lo que aquí ha ocurrido o, por lo menos, lo que sabemos por ahora que no es mucho. Las imágenes tardarán en llegar a la Tierra, estamos muy lejos y mucho más tardarán en venir hasta aquí si es que deciden acudir con una escuadrilla de combate cosmonáutica.

—Creo que sí que vendrán.

—Eso espero. No podemos dejar que los genocidas se salgan con la suya, aunque a nosotros también nos exterminen Agata subió a la lanzadera.

Se sentía mucho mejor y al lado de Marius Cendra, con más vitalidad, más reconfortada y segura pese a saber que bastaría un disparo certero hecho desde cualquier cosmonave genocida para que se convirtieran en cenizas casi instantáneamente.

Por lo menos, no sentirían el dolor de la muerte, lo que no dejaba de ser una ventaja, ya que siempre la había horrorizado el sufrimiento físico.

—Vogeau, Roland, Bastian, Sonia, ¿me oís? La llamada acababa de hacerla Marius Cendra desde el telecomunicador que llevaba incorporado la lanzadera, un vehículo de gran polivalencia, ya que podía desplazarse a ras de suelo, saltar a la estratosfera o hundirse en los profundos océanos, navegando como un submarino.

—Aquí Vogeau, te escucho perfectamente.

—Aquí Bastian, también te capto bien.

—De acuerdo, salgo. Debemos mantenernos en contacto tal como hemos acordado. Entre todos podemos hacer un buen cerco.

—Suerte —dijo Vogeau.

—Suerte para todos —añadió Bastian a bordo del *atom-hovercraft* en el que iba a partir con Sonia. La lanzadera silbó al ser puesta en marcha. Marius la hizo elevarse por encima de los altos y vacíos edificios. De esta forma, no tardaron en llegar al astropuerto, sin ver nada extraño por el camino. Agata exclamó:

—¡Ahí están las cosmonaves!

El inmenso astropuerto acumulaba sobre su suelo de granito, plano y bien nivelado, no menos de dos docenas de cosmonaves de los más distintos modelos.

Gigantes del cosmos, naves interestelares, algunas de ellas sólo interplanetarias…

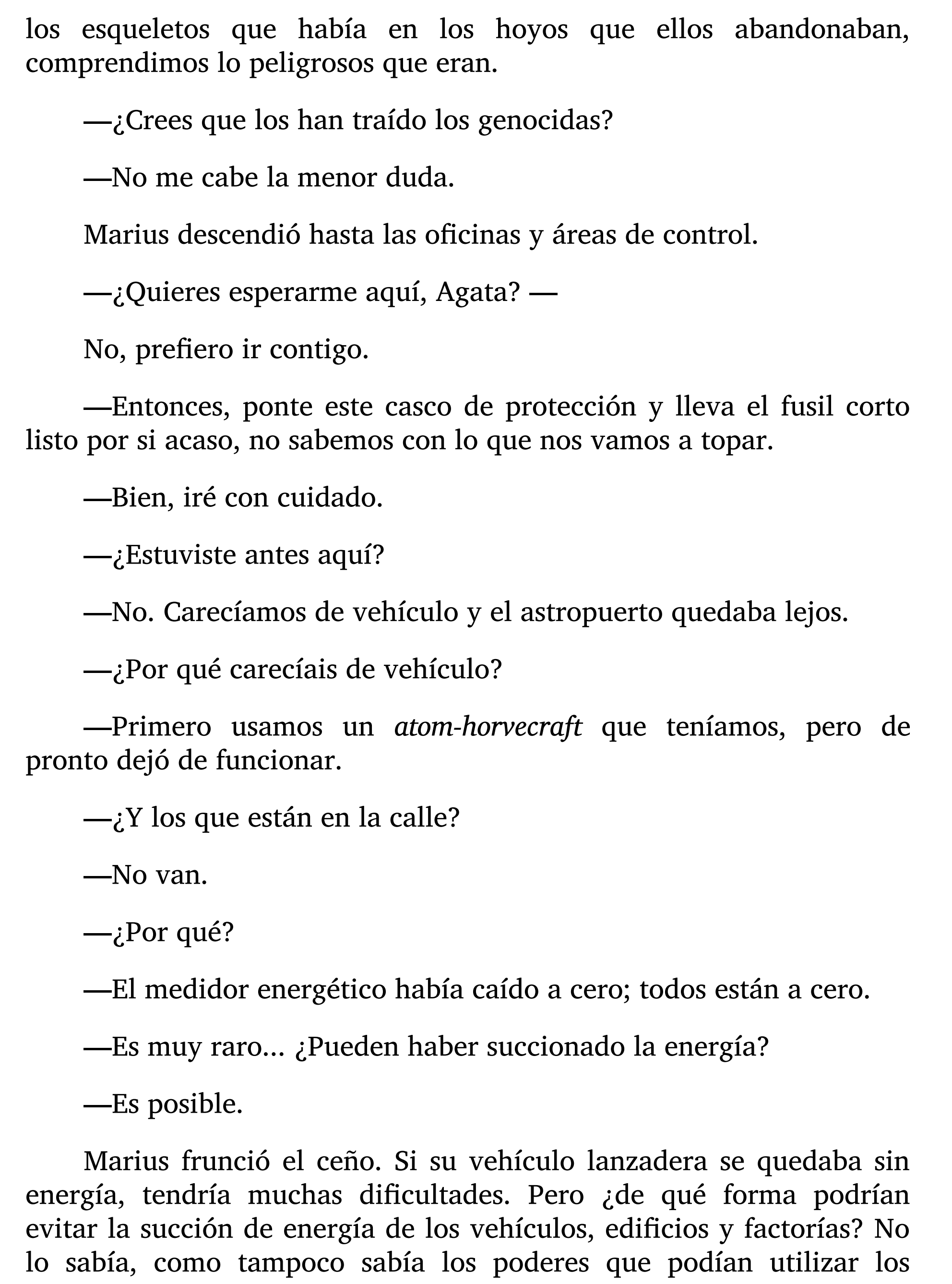
Vistas desde el aire, nadie hubiera pensado que allí sucedía algo anormal; todo estaba en perfecto orden.

—Parece imposible que haya desaparecido todo el mundo, me refiero a las personas, y las cosmonaves estén ahí, intactas.

—Todo el mundo ha desaparecido, han sido devorados por los hongos carnívoros que se han reproducido por millones —explicó la joven—. Las esporas se hacen grandes rápidamente.

—Antes no había de esa clase de hongos, ¿verdad?

—No, que yo sepa. A nosotras también nos sorprendió mucho encontrarlos y cuando vimos que nos atacaban, cuando descubrimos



los esqueletos que había en los hoyos que ellos abandonaban, comprendimos lo peligrosos que eran.

—¿Crees que los han traído los genocidas?

—No me cabe la menor duda.

Marius descendió hasta las oficinas y áreas de control.

—¿Quieres esperarme aquí, Agata? —

No, prefiero ir contigo.

—Entonces, ponte este casco de protección y lleva el fusil corto listo por si acaso, no sabemos con lo que nos vamos a topar.

—Bien, iré con cuidado.

—¿Estuviste antes aquí?

—No. Carecíamos de vehículo y el astropuerto quedaba lejos.

—¿Por qué carecíais de vehículo?

—Primero usamos un *atom-horvecraft* que teníamos, pero de pronto dejó de funcionar.

—¿Y los que están en la calle?

—No van.

—¿Por qué?

—El medidor energético había caído a cero; todos están a cero.

—Es muy raro... ¿Pueden haber succionado la energía?

—Es posible.

Marius frunció el ceño. Si su vehículo lanzadera se quedaba sin energía, tendría muchas dificultades. Pero ¿de qué forma podrían evitar la succión de energía de los vehículos, edificios y factorías? No lo sabía, como tampoco sabía los poderes que podían utilizar los llamados genocidas.

—Veamos qué hay por aquí dentro...

Todo estaba allí muy quieto, absolutamente tranquilo. No había nadie, tampoco restos humanos.

Nadie parecía haber muerto allí dentro, como tampoco en

ninguno de los edificios.

Se notaba a faltar la energía, no había luces, no había funcionamiento de altavoces, no había ordenadores que diesen resultados ni cuadros electrónicos anunciando llegadas y salidas de cosmonaves.

—Todo está detenido en el tiempo. Es como si ya no los segundos avanzaran aquí —comentó Marius, mirando los relojes parados. De pronto, se fijó en dos de ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Agata, observando su gesto. Entraron en todas las dependencias. Marius buscaba algo, no sabía exactamente el qué.

Era evidente que el área de control del astropuerto, el mejor control de que disponía la metrópoli, no servía para nada, desde allí no se podría controlar a nadie.

—¡Ah!

Lanzó aquella exclamación al abrir la puerta del despacho del director general del astropuerto.

El jefe nongiano estaba allí, tras la mesa de control repleta de botones, pequeñas pantallas y microalta voces, una mesa desde la que se podía controlar todo el astropuerto.

Los nongianos, más bajos y rechonchos que los terrícolas, solían tener las mesas más bajas.

La descomposición debía haber comenzado haría un millar de horas poco más o menos.

—Será mejor que no mires. Salgamos de aquí, huele francamente mal.

Abandonaron el despecho del director general del astropuerto.

—Es el primero que veo —musitó Agata, impresionada por el macabro hallazgo.

—Es muy desagradable, pero no lo es menos verse devorado por los hongos carnívoros.

—Pero ¿de qué habrá muerto ese nongiano?

—No lo sé, quizá estalló su corazón. Ya sabes que los nongianos tienen el corazón algo distinto a los terrícolas. Es posible que ante algo

que no pudiera soportar le fallara el corazón y se quedara aquí.

—Eso es como decir que todos salieron al encuentro de la muerte.

—Sí, Agata, eso parece, y no seria el primer caso en la historia de las civilizaciones de la galaxia que ocurriera semejante hecho.

—¿Hipnosis de masas?

—Lo ignoro. Quizá no lo sepamos nunca.

—¿Qué otra fórmula se puede utilizar para que todos los habitantes de un planeta, sean o no nongianos, acudan a su propia muerte y desaparición?

—No lo sé, no lo sé —repitió Marius entre dientes—. Esos genocidas son unos desconocidos para nosotros.

Salieron del área de control y una vez al aire libre se quedaron mirando las gigantescas cosmonaves que aguardaban inmóviles y estáticas a que alguien subiera a ellas y las pusiera en marcha, pero allí no había nadie más visible, aparte de ellos mismos.

—¿Nos vamos?

—Espera, iremos a aquella cosmonave que está a la derecha con franjas rojas. Es un modelo parecido al que yo tengo.

—¿Esperas encontrar algo?

—No lo sé, digamos que deseo comprobar algo que considero importante.

Subieron al vehículo lanzadera que, rápidamente, les transportó junto a la cosmonave de la línea Model. La puerta de la bodega de carga aparecía abierta y entraron en ella a bordo de la propia lanzadera.

—No hay luz —observó Agata.

—Llevamos linternas.

Con las pequeñas pero potentísimas linternas, se adentraron en la cosmonave.

Para Marius Cendra, caminar por el interior de aquel tipo de cosmonave no tenía complicación alguna, podía hacerlo sin luz, con los ojos cerrados, aunque aquella concretamente, dentro de la línea Model, era algo más antigua y con ligeras variaciones.

—Ya estamos en la cabina de control y mando.

Agata Salvi comprobó que era amplia, con una panorámica completa de trescientos sesenta grados con ventanales.

Las butacas estaban en torno a una mesa circular en la que se hallaban los principales mandos, y dichas butacas podían accionarse para girar en torno a la mesa, buscando en cada momento la posición adecuada.

—¿Quieres probarla?

—Sí.

Se acomodó en la butaca de mando y control general y comenzó a manipular mandos, teclados, botones, diales... Las agujas no se movían en absoluto, todo seguía igual. Marius Cendra, furioso, acabó dando un puñetazo sobre la mesa.

—No hay energía, es inútil insistir.

—Ya lo sabías, ¿no?

—Me quedaba una esperanza.

—No hay energía en todo el planeta.

—No, eso no es cierto —rechazó él.

— Ya lo has visto.

—Nuestros vehículos, nuestras cosmonaves, tienen energía.

—Sí, pero todo lo demás, no.

—A excepción de las naves de guerra de los genocidas, tú las has visto.

—Es cierto y tú también en la pantalla.

—Exacto; luego existe energía. Lo malo es que sería inútil ir en busca de las cosmonaves de guerra porque tampoco funcionarían.

—Tienes razón.

—No obstante, se me ocurre algo importante.

—¿El qué?

—Que las armas no pueden ser accionadas dentro de las

cosmonaves nongianas, pero esas mismas armas, desmontadas y trasladadas a nuestras naves, sí pueden funcionar porque nosotros les proporcionaremos la energía precisa.

—¿Crees que eso es posible?

—Sí, sí, lo creo. No se trata de desmontar grandes armas sino algunos cañones láser de grueso calibre. Abandonaron la cosmonave nongiana a bordo de la lanzadera y se alejaron de la ciudad en un amplio círculo de algunos cientos de kilómetros de radio, buscando.

—Si pudiéramos encontrar la base de cosmonaves milicianas nongianas...

—Allá abajo hay hongos, muchos hongos.

—Es cierto, pero yo diría que tienen un color distinto.

Marius los examinó a través de los rayos infrarrojos y opinó:

—Parecen muertos, en estado de descomposición.

—¿Por qué crees que habrán muerto?

—Quizá por falta de alimento.

—¿Falla de alimento? —-repitió Agata, desconcertada.

—Sí, ya no quedan proteínas vivas con las que se han venido alimentando y ahora sucumben.

Abrió el canal de telecomunicación y llamó sin dejar de navegar, oteando el suelo, viendo colonias dispersas de hongos, algunas de las cuales ya estaban muertas.

—Marius llamando a Sartorius. ¿Me escuchas?

—Aquí Sartorius. ¿Sucede algo?

—Sartorius, desde la *Model-33*, ¿has podido localizar alguna base miliciana de Nong?

—No, deben estar ocultas. Además, sólo veo una parte del planeta porque mi órbita es fija.

—¿Tampoco has descubierto ninguna cosmonave genocida como la de ayer?

—En absoluto, no hay ninguna a la vista.

—Mantén las grabadoras en marcha y si descubres algo, ponte en contacto con cualquiera de nosotros.

—Así lo haré, pero por ahora no hay nada nuevo.

Marius cortó la telecomunicación.

—No sabes qué hacer, ¿verdad? —le preguntó Agata.

—Lo cierto es que si no encontramos una base miliciana de Nong, no tendremos armas suficientes para afrontar un ataque de cosmonaves de guerra. Por otra parte, si no sabemos dónde se ocultan los genocidas, tampoco podemos darles una sorpresa.

Aquella aparente paz no gustaba a Marius Cendra, que ahora sabía que había más, mucho más.

Demasiadas incógnitas se levantaban ante ellos, pero no estaba dispuesto a abandonar el planeta sin enfrentarse antes con los genocidas.

De pronto, Agata exclamó:

—¡Mira, allí!

—Es el *atom-hovercraft* en el que viajan Bastian y Sonia.

—Se alejan de la metrópoli...

—Quizá busquen algo o traten de averiguar alguna cosa que les ha llamado la atención.

CAPITULO VII

—Yo no veo nada por ninguna parte —rezongó Bastian, despectivo.

—Pero, sí viste la nave de guerra de los genocidas.

—Vamos a ver... ¿Quiénes son los dichosos genocidas?

—Yo no lo sé.

—¿Y no serán una ilusión óptica?

—No digas tonterías. Si fuera una ilusión óptica, ¿habría podido ser grabada en video?

—Hum, tienes razón —aceptó Bastian. Luego volvió la cabeza hacia Sonia y sonrió para decirle con picardía—: Estás muy, pero que muy rica.

Aquella observación cayó tan de sorpresa en los oídos de la muchacha que la dejó perpleja.

—¿Qué?

—Mira, yo soy de un lugar del planeta Tierra donde damos mucha importancia a la ricura de las mujeres como tú.

La chica parpadeó.

—No te entiendo.

—Ya te lo explicaré luego...

—¿Adonde vamos?

La metrópoli quedaba tan atrás que ya la habían perdido de vista. Ante ellos, montes en los que apenas quedaban animales mamíferos y otras especies que no podían volar.

Los hongos carnívoros habían pasado por todas partes. Sólo se salvaban los animales que se hallaban en lugares secos, altos y fríos.

Bastian abrió la telecomunicación y habló ante el micro que poseía aquel veloz vehículo que pilotaba.

—Bastian llamando a Vogeau...

—Vogeau a la escucha.

—Nos alejamos a la búsqueda de posibles rastros de los genocidas. Si encontramos algo, ya nos comunicaremos. Estaremos unas horas fuera.

—De acuerdo. Deja el telecomunicador abierto por si acaso hay que pasarte noticias.

—Correcto.

Cerró su charla, dejando abierta la escucha.

—¿Crees que encontraremos algo? —le preguntó Sonia.

—He estado observando la distribución de ciudades, colonias mineras y áreas vacacionales.

Bastian parecía más alegre y dicharachero. Sonia se había percatado de ello y le observaba de reojo.

Bastian no le caía mal, era un hombre de abundante cabello castaño, de media estatura, casi alto, ancho de espaldas y adivinábase fuerte, con mucha vitalidad física.

A su vez, Bastian miraba a Sonia por el rabillo del ojo. Ella tenía también el cabello castaño, aunque más oscuro, una nariz delicada y respingona y unos ojos luminosos.

Parecía delgada; sin embargo, lucía unos abultados senos, altos y erguidos, que resultaban extraordinarios en comparación con el resto de las mujeres terrícolas.

Buscó el océano de manso oleaje. El color de sus aguas, debido a las sales de cobalto que contenían, ofrecían un color azul, ligeramente morado.

Las arenas eran doradas, brillantes, y las rocas verdes por la abundancia de musgos.

—¿Lo ves? No hay nada anormal —dijo Bastian, acelerando el vehículo que pilotaba. Circular por encima de las aguas oceánicas tenía la ventaja de no encontrar obstáculos en la ruta.

No vieron nada anormal durante el viaje marino, ni por encima de las aguas ni en las costas o en el cielo.

—Mira, allí hay un área vacacional —señaló Bastian.

—Estará vacía, como todo el resto del planeta.

—Mejor.

—¿Por qué mejor?

—Ya nada podemos hacer por los desaparecidos, pero si los locales están ahí, si hay piscinas, podemos aprovecharlas nosotros.

—Si no hay servicio, música ni compañía…

—Veremos qué hay por los alrededores.

Con el vehículo que pilotaba, Bastian tuvo la precaución de rodear el área vacacional, observándola atentamente.

—No hay nadie, nadie —insistió Sonia.

—Lo que trato de ver es si hay hongos carnívoros.

—No he visto ninguno.

—¿Lo ves? Aquí no hay peligro alguno.

Dicho esto, Bastian se dirigió a la gran terraza junto a la cual había una espléndida piscina rodeada de extensos parterres de césped cuidado.

—Después de viajar tanto tiempo por el espacio, encerrado en una cosmonave, aunque tengas muchas comodidades, esto de aquí sí que es vida.

Bastian saltó fuera del vehículo, se quitó toda la ropa y se lanzó al agua, hundiéndose en ella. Cuando reapareció, comenzó a bracear con energía.

La actitud del hombre, lleno de vitalidad; de ansia de libertad, casi de salvajismo, ganaron a Sonia que al poco se zambullía también en la piscina de aguas nítidas. Era evidente que las lámparas biocidas la habían dejado sin ninguna clase de vida para que ésta no pudiera reproducirse en forma de algas.

—Está buena, ¿eh?

—Si, magnífica —rió ella, nadando con fuerza.

Hombre y mujer se zambulleron y luego volvieron a aflorar a la superficie.

Sonia se encontró con las manos varoniles que cogían las suyas.

Escapó riendo, pero él la atrapó por los pies y así jugaron por espacio de varios minutos, como si fueran dos niños, hasta que al salir a la superficie y sacudirse el agua de encima, Sonia exclamó:

—¡Bastian, mira!

El hombre se frotó los ojos.

Frente a él, fuera de la piscina y cerca del borde, había un siniestro robot encarado con ellos.

Al volver su mirada hacia el lado opuesto, vieron a otro y también a derecha e izquierda.

—Bastian, ¿qué hacemos?

—No sé, estamos rodeados. Si pudiéramos llegar al vehículo —gruñó, teniendo a Sonia muy cerca de él, verdaderamente asustada.

—No podremos hacerlo, ellos nos rodean y son robots guerreros.

—Sí, eso parece.

—Terrícolas, salid de la piscina por el lado contrario de vuestra pequeña nave. Sois nuestros prisioneros. Si intentáis escapar, seréis desintegrados —les dijo la voz de bocina de uno de los robots que les controlaba con sus ojos electrónicos.

—¿Qué hacemos, Bastian? —preguntó Sonia, aterrorizada dentro de la piscina, en el centro geométrico de la misma.

El robot insistió:

—Salid o seréis obligados a ello.

—Creo que estamos en un aprieto, Sonia. Si nuestros compañeros se enteraran, podrían llegar a tiempo de sacarnos de aquí. Con los cañones láser que posee la lanzadera, podrían tumbar a esos robots.

—Pero, nosotros no podemos, estarnos desnudos y nuestras cosas están fuera.

—Aguantaremos aquí, ellos no se pueden meter dentro del agua.

Como si los robots hubieran comprendido las palabras de Bastian, al que se le había terminado la diversión, debieron intercomunicarse para actuar al unísono.

Extendiendo cada uno de ellos su mano articulada zurda,

lanzaron un rayo sobre las aguas de la piscina.

Los cuatro rayos, al mismo tiempo, comenzaron a calentar el agua, más rápidamente de lo deseable.

—Bastian, el agua se calienta, nos vamos a cocer.

Justo donde los rayos penetraban, ya subían las burbujas del agua que hervía.

Sonia se espantó ante el peligro de morir dentro del agua hirviendo. El poder de aquellos rayos térmicos era terrible.

—No puedo más, Bastian, no puedo...

La joven comenzó a nadar hacia uno de los lados y Bastian comprendió que no podía hacer otra cosa que seguirla.

Quedarse dentro del agua significaba morir y de una forma harto desagradable.

CAPITULO VIII

—¿No ha habido respuesta aún?

A la pregunta de Marius Cendra. Roland respondió:

—No, no hay respuesta.

—¿Has insistido?

—Sí.

—¿Le has preguntado a Sartorius?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Dice que no sabe nada de Bastian y Sonia, ni rastro de ellos, nada, absolutamente nada.

—Hay que continuar insistiendo.

Vogeau, que acababa de entrar, expuso:

—A mí me dijo que dejaría el telecomunicador abierto.

—Entonces, tendrá que oír nuestras llamadas —dijo Marius.

—A menos que haya sufrido una avería.

—¿No aparecen? —preguntó Agata, entrando también en la sala de mando de la cosmonave.

—Desgraciadamente, no hay ninguna señal de ellos —contestó Marius, en cuyo rostro se reflejaba la inquietud y la preocupación.

Vogeau, pesimista, dijo:

—Algo por el estilo ocurrió con mis compañeros Santini y Werner, desaparecieron y precisamente estaban utilizando el mismo vehículo.

—No creo que Bastian se haya dejado sorprender por los hongos carnívoros —objetó Marius Cendra—. El ya conoce su existencia.

Roland preguntó:

—¿Y no puede haber otra clase de sorpresas?

En aquel momento se encendió el piloto rojo de llamada de la telecomunicación con imagen.

—¿Quién llama? —preguntó Marius.

Roland contestó:

—No lo sé. Puede tratarse de Sartorius, él tiene televideófono.

Vogeau pidió:

—Abre.

Se encendió la pantalla y en ella apareció una imagen humana o humanoide, no se podía concretar porque estaba muy desdibujada, como si el objetivo de la telecámara que lo enfocaba se hallara sucio con vaselina. Era una imagen inconcreta, casi fantasmal.

—Terrícolas, sé que me estáis escuchando —les dijo una voz de difícil identificación, cavernosa y gutural, que hablaba muy despacio.

—¿Quién eres? —preguntó Marius rápidamente.

—Soy el nuevo amo y señor del planeta Nong-2 y de otros planetas con posibilidades de vida.

—¡Sois los genocidas! —le acusó Agata.

Aquel desconocido, prácticamente una sombra en la pantalla, se rió lentamente antes de preguntar:

—¿Los genocidas, así nos llamáis?

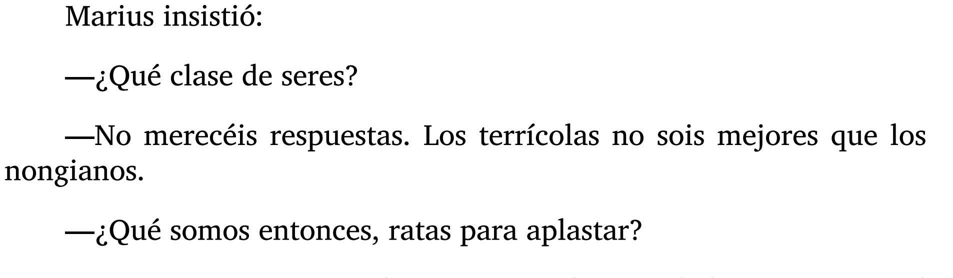
—¿Cómo queréis que os llamemos, si habéis asesinado a toda una civilización? —replicó Marius, erigiéndose en portavoz del grupo.

—Toda una civilización, ¡qué pronto se dice! En realidad, era una civilización primaria y por tanto, inferior. No se ha perdido nada suprimiéndola y dejando el planeta libre.

—¿Libre para qué? —preguntó ahora Agata.

—Para que en el planeta Nong-2 se desarrolle la naturaleza y los animales salvajes.

—¿Y luego? —inquirió Marius.—Para que lo ocupen seres superiores.



Marius insistió:

—¿Qué clase de seres?

—No merecéis respuestas. Los terrícolas no sois mejores que los nongianos.

—¿Qué somos entonces, ratas para aplastar?

—Más o menos, terrícola. Y no está lejano el día en que en el planeta Tierra se haga una limpieza, una exterminación total de seres inferiores.

—Eso no lo conseguiréis jamás.

Aquella especie de sombra que incluso variaba ligeramente de forma, como si frente a ella estuvieran haciendo un juego de luces iridiscentes, replicó:

—Somos más poderosos de lo que creéis. Para nosotros no es muy difícil hacer desaparecer toda una civilización. Ya lo habréis podido comprobar, no queda ni rastro.

—Los hongos carnívoros —le dijo Agata, acusadora.

—Sí los hongos carnívoros son un gran descubrimiento, hacen el mismo juego que algunas bacterias. Devoran todo lo que encuentran y luego, cuando ya no hay que comer, mueren y se desintegran con mucha rapidez.

—Las fuerzas milicianas de nuestra Confederación Terrícola están alertas ante cualquier ataque, sea el que sea —le dijo Roland, vehemente.

—Da lo mismo. Hemos obtenido los hongos gigantes carnívoros con una mezcla de células vegetales y animales hasta conseguir ese ser que no es vegetal ni animal, es las dos cosas al mismo tiempo. Su reproducción por esporas es rápida y abundante y tiene autonomía propia. Luego, en la muerte, se autodestruyen aprisa y no queda apenas nada, una obra genial.

Fue Agata quien preguntó ahora:

—Pero ¿quiénes sois, de dónde venís?

—Entregaos y os lo explicaré.

—¿Entregarnos? —Marius añadió—: Eso, jamás.

—De todas maneras, estáis perdidos. Si no os entregáis, os destruiremos.

—Los terrícolas no somos dóciles ni esclavos por naturaleza —objetó Marius Cendra.

—Podemos defendernos —añadió Vogeau, tratando de escrutar a aquel ser que no se dejaba ver bien o que estaba demasiado lejos para la telecomunicación por video.

—No tenéis ninguna posibilidad, ninguna. Si os entregáis, tendréis la oportunidad de sobrevivir. Somos más poderosos de lo que suponéis, tenemos un poder contra el que nada podréis oponer. Os concederemos la gracia de conservar la vida para que veáis la caída de las civilizaciones inferiores.

—No insistas, no nos entregaremos —le replicó Marius Cendra.

—Ya os haré comprender muy bien lo que más os interesa. Ahora, ved a vuestros compañeros, a los que seguramente dabais por desaparecidos.

La pantalla se llenó de una luz azul intenso y luego volvió a clarificarse.

Dentro de sendas cajas de cristal, altas y estrechas, se hallaban Bastian y Sonia, los cuales tocaban con sus manos las duras paredes de las estrechísimas celdas, tratando de salir, pero todo era inútil.

—Ya sabemos dónde están —dijo Marius con pesimismo.

—¡Sonia, Sonia! —llamó Agata a su amiga.

Sonia miró en todas direcciones, como si oyera la llamada.

Golpeó con más fuerza la cárcel de cristal y debió de gritar por las muecas de su rostro, pero no oían nada.

—Si no os entregáis, ellos serán los primeros en morir. Tendré el placer de ofreceros una sesión especial de cómo se alimenta un hongo carnívoro.

La imagen de Sonia y Bastian dio paso a la de un hongo carnívoro de aspecto siniestro que se hallaba aposentado sobre una tierra blanda, casi esponjosa.

De pronto, apareció un carnero y el hongo gigante se balanceó, captando su presencia.

El carnero se detuvo ante lo que, instintivamente, debió considerar un peligro; mas, todo fue inútil para él.

—¡Mirad el hongo! —exclamó Vogeau.

El hongo desenterró sus raíces con suma facilidad y éstas cayeron sobre el carnero que intentó huir sin conseguirlo.

Las raíces, como una siniestra red, lo atraparon y arrastraron hasta colocarlo bajo el nacimiento del tronco. Después, todo el hongo se aposentó, ocultando al animal.

Pero, como si los genocidas quisieran dar más sensación de horror ante lo que estaba sucediendo, aumentaron el sonido y los terrícolas pudieron oír el balar del carnero, un balar lastimoso, de impotencia, mientras su cuerpo comenzaba a ser absorbido por unas raíces más succionadoras que el estómago ácido de un perro.

—¡Cortad eso, cortadlo, no quiero oírlo! —chilló Agata, tapándose los oídos.

Marius cortó la telecomunicación, pero aquello no cambiaba la realidad.

Sonia y Bastian estaban en una situación más que difícil, prisioneros de los genocidas, unos seres totalmente desconocidos que no sabían siquiera de dónde procedían.

CAPITULO IX

— Hemos de tomar una determinación —dijo Agata, ¡.ombría.

Roland le replicó:

—Es muy fácil pedirlo.

—No tenemos más decisión que tomar que hacer frente a los genocidas —expuso Marius Cendra.

—¿Y Sonia y Bastian? —preguntó Agata.

—Haremos lo imposible por salvarlos —le respondió Marius.

—¿Lo imposible?

—Sí.

—¿Por qué entonces no acatar lo que exige ese conquistador?

—Porque si lo hiciéramos nos quedaríamos todos en las mismas circunstancias que Sonia y Bastian, es decir, prisioneros suyos.

—Ha prometido respetar nuestras vidas —recordó Agata.

—¿Y tú crees que podemos confiar en la palabra de un ser que ha exterminado a toda la civilización de un planeta?

Agata desplazó sus ojos de Marius para observar interrogante a Vogeau y a Roland, los cuales rehuyeron su mirada.

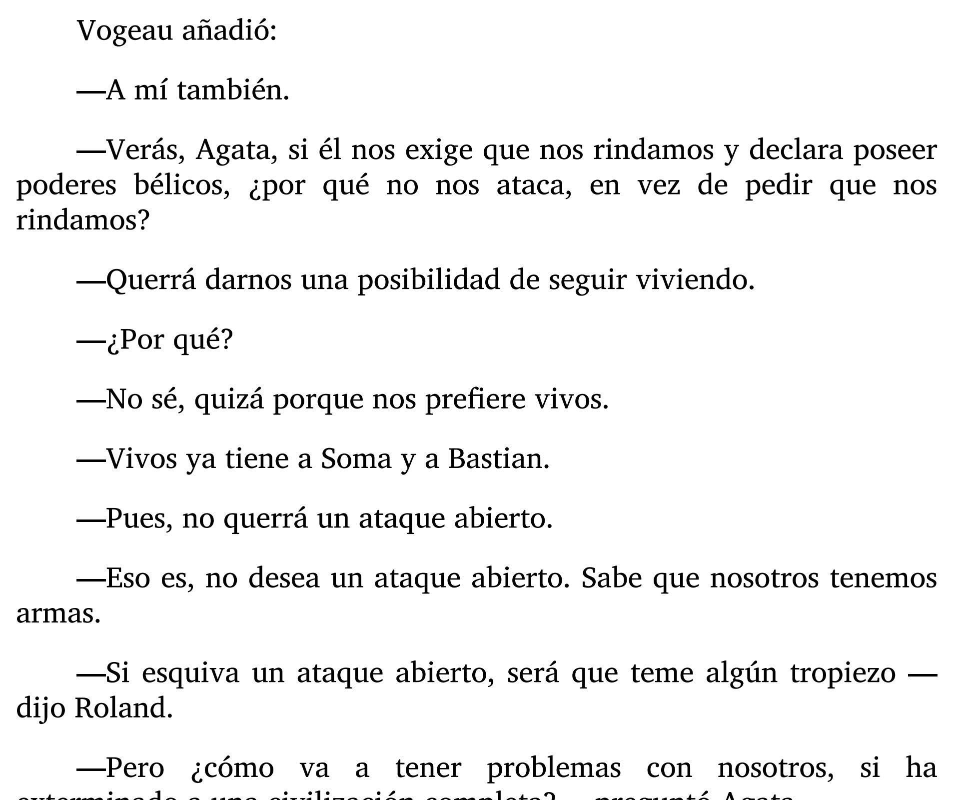
—Agata, debes comprender que si nos pusiéramos en sus manos no tendríamos ninguna garantía de que fuera a respetar nuestras vidas. Lo más probable es que todos fuéramos exterminados como el resto de la civilización que aquí había.

—¿Por qué no darle un margen de credibilidad?

—Porque si estuviéramos equivocados, no habría posibilidad de rectificación, ya estaríamos perdidos.

—Si no piensa perdonarnos la vida, ¿por qué no nos ha atacado ya? Podría hacerlo, ¿no?

—Eso es lo que más me da a mí que pensar —rezongó Marius.



Vogeau añadió:

—A mí también.

—Verás, Agata, si él nos exige que nos rindamos y declara poseer poderes bélicos, ¿por qué no nos ataca, en vez de pedir que nos rindamos?

—Querrá darnos una posibilidad de seguir viviendo.

—¿Por qué?

—No sé, quizá porque nos prefiere vivos.

—Vivos ya tiene a Soma y a Bastian.

—Pues, no querrá un ataque abierto.

—Eso es, no desea un ataque abierto. Sabe que nosotros tenemos armas.

—Si esquiva un ataque abierto, será que teme algún tropiezo —dijo Roland.

—Pero ¿cómo va a tener problemas con nosotros, si ha exterminado a una civilización completa? —preguntó Agata.

—Eso es lo que ignoramos. Quizá poseyó un poder grande sólo en un momento crucial. También podría ser que ese personaje que hemos medio visto en la pantalla del televideófono sólo sea el comandante de un destacamento especial que se ha quedado aquí. El grueso de las fuerzas genocidas puede haberse ido a otra parte y ahora él quiere darnos a entender que posee unos poderes que realmente no tiene.

—Debe tener algún poder cuando ha conseguido apoderarse de Sonia y de Bastian.

—Para eso basta con la sorpresa —le replicó Marius.

—Ese sujeto, sea lo que sea, no está tan seguro como quiere darnos a entender. Juega a meternos miedo —indicó Roland.

—Sí, puede que no sea tan poderoso. Hemos de esperar. Creo que su único poder para obligarnos a rendirnos por el momento es mantener prisioneros a Sonia y a Bastian.

Agata preguntó:

—¿Y si los entrega a los hongos carnívoros?

—Si lo hace, se queda sin posibilidad de chantajearnos.

—Esa postura de pensar que no tiene, el poder que él asegura, es muy arriesgada, es jugarse la vida de Sonia y de Bastian.

—Sí, Agata, así es, pero enfrentarnos sería ponerles las cosas muy fáciles para acabar con todos nosotros. Si ese ser y los que están con él se mantienen a distancia es porque saben que tenemos capacidad de reacción.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer, esperar?

—Sí, y resulta muy extraño que nosotros no hayamos perdido la energía para nuestros vehículos y las cosmonaves y en cambio no haya energía en el resto del planeta.

—Pudieron succionarla en un momento dado —observó Vogeau —, y no desean repetir la experiencia porque ahora ellos también podrían salir perjudicados si están aquí.

—Si están en el planeta, ¿por qué no los hemos detectado? —gruñó Vogeau, ceñudo.

—Deben tener su cuartel general en el interior de algún subterráneo o algo parecido —dijo Roland.

—Lo más extraño —opinó Marius— es que todos les hayan obedecido, me refiero a los habitantes de Nong-2.

—Algo muy extraño debió ocurrirles sin duda —asintió Vogeau.

—Quizá no lo averigüemos nunca.

Todo eran conjeturas, no había nada claro, sólo que tenían que luchar contra los genocidas.

—Roland…

—¿Sí?

—Dile a Sartorius que se mantenga alerta.

—Sí, podrá poner los sensores automáticos.

—Creo que todos hemos de descansar un poco —opinó Vogeau—, No nos podemos pasar todo el tiempo en vigilia, la falta de sueño nos perdería.

—Es cierto, distribuyámonos —pidió Marius.

—Yo haré lo que queráis —dijo Roland.

—Quedaos vosotros dos y luego, Agata y yo os relevaremos. ¿Qué te parece, Agata? —preguntó, clavando sus ojos verdes en la muchacha.

—Por mí, de acuerdo.

Vogeau y Roland permanecieron en la sala de mandos y Marius acompañó a la joven. Ya lejos de la cabina de control, le dijo:

—¿Qué buscabais en el fondo del océano, en realidad?

—Especies protozoicas y de otros tipos. Ya sabes que los nongianos le tenían mucho temor al océano, hasta el punto de no adentrarse en él.

—Sí, los terrícolas tenemos una ciencia más avanzada al respecto.

— Poseemos casas submarinas perfectas, de larga duración; en cambio, los nongianos han vivido siempre de espaldas a sus mares. Su evolución ha estado más centrada en el suelo y estaban un poco por detrás de nosotros ahora que ya les habíamos pasado mucha información tecnológica en general.

—Quizá eso explica algo.

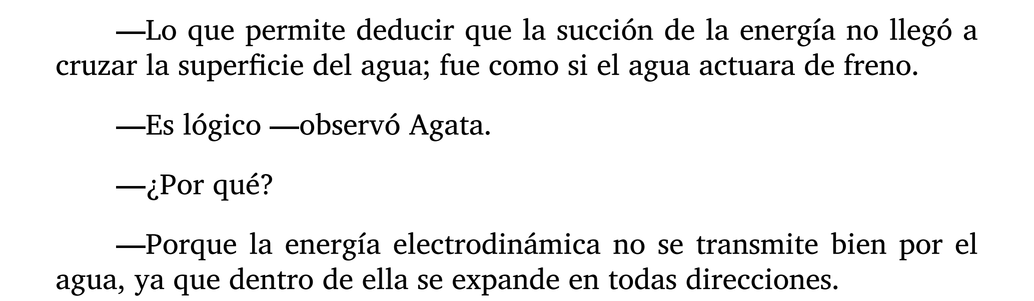
—¿El qué? —preguntó Agata.

—El que vosotras no perdierais la energía.

—No, nosotras no perdimos energía, pero nos quedamos sin telecomunicación con el exterior. Creímos que se debía a alguna avería que no nos importó demasiado, pues poseíamos alimentos, energía y aire suficiente.

—¿No se os ocurrió subir a la superficie para comprobar la antena de la telecomunicación?

—No lo hicimos porque a la profundidad que nos hallábamos era un riesgo innecesario subir y volver a descender cuando ya nuestros cuerpos se habían habituado a las profundidades marinas de Nong-2. Sonia y yo decidimos que cuando subiéramos a la superficie ya solventaríamos lo que creíamos un problema de antena. Nadie nos esperaba fuera hasta un plazo largo, era lo mismo que hallarse en una cosmonave en el espacio. Los océanos de Nong-2 no se parecen demasiado a los del planeta Tierra, aquí no hay tesoros que rescatar y la microfauna y la flora son ligeramente distintas.



—Lo que permite deducir que la succión de la energía no llegó a cruzar la superficie del agua; fue como si el agua actuara de freno.

—Es lógico —observó Agata.

—¿Por qué?

—Porque la energía electrodinámica no se transmite bien por el agua, ya que dentro de ella se expande en todas direcciones.

—Todo esto, ¿crees que nos puede servir de algo?

—No lo sé. Quizá esos seres no puedan atacar los fondos marinos o no les interese.

—Trato de buscar una solución porque no creo que todo, absolutamente todo, esté perdido. De ser así, ya nos habrían atacado.

—Debemos descansar para luego estar despiertos, quizá sí estén dispuestos a atacarnos.

—Si, será lo mejor.

Se detuvieron frente al camarote de Agata, un camarote con dos camas, una de ellas vacía. Ambos la miraron significativamente.

—¿Crees que Sonia morirá?

—No lo sé. Sólo te puedo decir que si fuera posible que yo estuviera en su lugar y ella aquí en el mío, me ofrecería a ello.

A Agata se le humedecieron los ojos ante aquella revelación que Creyó que no eran sólo palabras.

Se alzó de puntillas y posó un beso suave en la boca masculina.

El no dejó que los talones de ella volvieran a tocar el suelo y la enlazó por la cintura. La estrechó contra sí, prolongando la caricia.

—Marius... —Sentía una agradable sensación en los labios que notaba trémulos—. Nos hemos encontrado tarde.

—Nunca es tarde.

—Sí lo es, no escaparemos a los genocidas.

—Todavía no estamos perdidos y cualquier minuto, cualquier segundo que arañemos a la felicidad será bueno. —Miró hacia el interior del camarote—. Hay dos camas, ¿me dejas que te acompañe en el descanso?

—Si lo deseas.

—Con toda el alma.

—Por mí no hay inconveniente. Arañemos juntos esos segundos a la felicidad antes de que nosotros seamos exterminados.

Juntos, entraron en el camarote y la puerta se cerró tras ellos, aislándoles de un mundo muerto.

CAPITULO X

El reloj despertador le arrancó del sueño.

Marius miró a Agata, profundamente dormida, y se levantó con sigilo. Pasó a la ducha de hidromicroondas de la que salió más repuesto.

Se vistió y despertó a la muchacha con un beso. Esta, al abrir los ojos y reconocerle, le rodeó el cuello con sus brazos.

—Marius, no quiero morir.

—Yo tampoco, por lo menos hasta que mis células hayan envejecido.

—Marcharnos sería una cobardía, ¿verdad?

—Sí, lo sería. No sé si salvaremos las vidas de Sonia y Bastian, pero lucharemos y eso es dar la cara, no es cobardía.

—Lucharemos juntos.

—Voy a relevar a Roland y a Vogeau, te espero.

—En seguida estaré contigo.

Marius Cendra volvió a besarla y luego abandonó el camarote para relevar a sus compañeros, que ya darían muestras de fatiga.

—¿Algo nuevo?

Vogeau, cuyo rostro daba muestra de cansancio, negó.

—Nada.

Roland puntualizó:

—Los genocidas han intentado volver a comunicarse con nosotros.

—No les hemos hecho caso por ahora —añadió Vogeau.

—Bien. Ellos querían ponernos nerviosos, ahora se trata de que se pongan nerviosos ellos.

—Seguro que pretendían chantajearnos de nuevo con la amenaza

de asesinar a Sonia y a Bastian.

—Mientras no nos rindamos, mientras no seamos vencidos, ellos no les harán nada; por lo menos, es lo que deseo pensar.

—Estoy contigo, Marius —apoyó Roland—. Es la única fuerza que tienen contra nosotros.

Se había hecho de noche. Marius miró hacia el exterior. Era una ciudad apagada, una ciudad que no se veía pese a la luz reverberante de los planetas próximos.

— Mañana veremos si les respondemos. Ahora, id a descansar.

—¿Y Agata? —preguntó Roland.

—Ahora viene. Podéis ir a cenar y a dormir, que no nos cojan cansados y gastados.

Vogeau, con más años encima que Marius Cendra, le puso la mano en el hombro.

—Si de verdad creyeran que pueden vencernos, ya lo habrían intentado. Debemos tener algún poder que arrojar sobre ellos que nosotros mismos ignoramos. Sería bueno descubrir de qué se trata; yo consultaré con la almohada.

—Y yo —dijo Roland.

Agata se sentó junto a Marius. Sus ojos brillaban, su rostro tenía más vida y por esta sensación que la inundaba, consciente de ella, tuvo un ligero remordimiento de conciencia al pensar en su amiga y compañera de tantos trabajos, de tantas horas, de tantas dificultades.

—¿Crees que Sonia aún estará viva?

—Ellos tratan de comunicarse para amenazarnos y es mejor no hacerles caso por ahora. Esperar al momento oportuno no deja de ser un arma.

La noche parecía iba a ser muy tranquila. Transcurrieron varias horas hasta que, de repente, se produjo la llamada.

—Sartorius, ¿ocurre algo?

—Sí, el sensor fotónico me ha advertido que estáis en peligro.

—¿Peligro? —repitió Agata.

—Tres formaciones de naves que parecen milicianas avanzan hacia la gran plaza de la metrópoli donde estáis.

—¿Seguro?

—Seguro. Intentan llegar a vosotros por lugares distintos para cercaros.

—Envía imagen.

Se encendió la pantalla del televideófono y al principio vieron a Sartorius, con el rostro cansado pero activo.

Cambió la imagen y apareció una vista tomada desde la *Model-33*.

La metrópoli no se veía bien, pero sí se veían puntos luminosos que, efectivamente, avanzaban por lugares distintos rumbo a la plaza central.

No iban aprisa; se desplazaban lentamente, como cautelosos.

—Aproxima la imagen, Sartorius, quiero verlos bien.

—Son escuadrillas de naves semejantes a la que vimos ayer.

Al acercar la imagen, pudo ver mejor aquellas naves desde la parte superior.

Eran como grandes monstruos luminosos e iridiscentes que avanzaban hacia su presa, como seguros de que no se les iba a escapar.

La cosmonave de Vogeau estaba cercada.

—Llama a Vogeau y a Roland —pidió Marius a la muchacha.

A través del comunicador interior, Agata hizo lo que el hombre le pedía mientras éste centraba mejor la posición en el mapa fotográfico.

—Será mejor que pongáis los motores en marcha y escapéis del planeta —le propuso Sartorius.

—No, hay que ver la capacidad de respuesta; no obstante, estaremos listos para despegar.

Vogeau y Roland llegaron corriendo.

—¿De veras nos están rodeando? —preguntó Roland.

—Sí, mirad. El punto débil luminoso que está en el centro somos

nosotros. Ellos son los tres grupos que avanzan, cortándonos las salidas.

—Podemos escapar por arriba —objetó Vogeau.

—Pon la cosmonave en marcha.

—¿Nos largamos ya?

—No, aún no. Hay que tener los motores en funcionamiento para escapar si las cosas se ponen todavía más feas.

Agata preguntó:

—¿Y Sonia y Bastian?

—Ahora hay que salvar nuestras vidas y no lo digo por egoísmo, pero si perecemos, ni Sonia ni Bastian se salvarán.

Vogeau se acomodó en la butaca de control de mando y comenzó a pulsar botones y teclas.

Todo el panel luminoso comenzó a brillar, apagándose y encendiéndose, cambiando de colores. Los motores estaban siendo puestos a punto.

Al fin, Vogeau miró a Marius y señalándole una palanca roja, dijo:

—Listos para despegar.

—Tranquilo, aún no nos han desintegrado.

—¿Qué vais a hacer? Se os están acercando —advirtió Sartorius.

—Prepara los misiles termonucleares.

—De acuerdo, cinco listos.

—Dispara sobre la escuadrilla que está al norte.

—Es la más cercana a vosotros. Corréis el peligro de que la onda termonuclear os alcance.

—Esta cosmonave resistirá, adelante.

—Suerte —deseó Sartorius, cuya posición en el espacio era más segura, pues el riesgo más inminente lo corrían los que estaban cercados.

Tenían la posibilidad de escapar en vertical, pero por la posición en que estaba la cosmonave, había mayor dificultad para el despegue y al mismo tiempo éste era mucho más lento.

Un punto luminoso apareció en el firmamento.

—Sujetaos por si somos bamboleados.

Todos se acomodaron en sus respectivas butacas, haciendo saltar los atalajes automáticos que les mantendrían sujetos.

El misil termonuclear dio en el blanco.

Se produjo el estallido y deflagración y la noche se iluminó sobre la metrópoli de la capital de Nong-2.

Millones de grados en un punto determinado, una tormenta térmica que derribó docenas de sólidos edificios en torno al punto de explosión, pero no había que pensar en gentes inocentes exterminadas puesto que allí no había nadie, los genocidas se habían encargado de que todos sucumbieran.

La cosmonave de Vogeau chirrió al ser desplazada algunos metros sobre el pulido granito que enlosaba el suelo de la gigantesca plaza.

—¡La refrigeración! —exigió Marius mientras la temperatura ascendía rápidamente dentro de la cosmonave y su fuselaje exterior alcanzaba una temperatura que hubiera fundido un acero simple.

Vogeau puso en marcha la refrigeración acelerada y a tope; sin embargo, resultaba muy difícil bajar la temperatura. Todos sintieron en sus cuerpos el súbito calor y comenzaron a sudar.

—Sartorius, ¿me oyes?

—Con dificultades —dijo Sartorius, notándose muchas interferencias.

—Si me oyes, dispara contra las otras formaciones.

—Eso os puede perjudicar, estáis en un área que quizá no lo resistáis.

—¡Dispara! —apremió Marius.

Mientras miraba a sus compañeros que sufrían aquel calor abrasador pese a que la refrigeración funcionaba a tope, de la *Model-33* partieron dos misiles termonucleares más.

—Hay que aguantar —dijo Marius a los demás.

Los dos misiles explosionaron casi al unísono.

Gran parte de los edificios de la ciudad quedaron arrasados mientras el oxígeno desaparecía dentro de la tormenta térmica. La cosmonave sufrió fuertes bandazos a consecuencia de las violentas corrientes de aire.

—Es horrible —gimió Agata, temiendo no poder resistirlo.

—Sólo serán unos minutos —pidió Marius mientras la cosmonave seguía chirriando y las luces se apagaban y encendían.

Al fin, la luz vivísima que había iluminado cegadoramente la ciudad, se apagó y los violentos bandazos amainaron. La refrigeración ganó la batalla a las altísimas temperaturas exteriores.

—Atención, ¿me oís? —preguntó Sartorius a través del telecomunicador.

—Sí, Sartorius, te oímos. Estamos dentro de un horno pero te oímos —le respondió Marius.

—Las naves milicianas han desaparecido.

—¡Bravo! —gritó Roland.

—Han sido desintegrados, hemos vencido —comentó Vogeau con un suspiro.

—Hemos arrasado la ciudad, pero ellos ya no están —dijo Sartorius y su voz se hizo cada vez más ininteligible.

—¿Seguro que más lejos no se ven otras formaciones? —preguntó Marius. Vogeau miraba casi obsesivamente el termómetro de a bordo.

—Sí, ya lo he mirado. Desde aquí arriba no se ve nada más, han desaparecido, pero los habíais dejado acercar demasiado. Las explosiones termonucleares han podido destruiros a vosotros también.

—Sí, pero es que nos has avisado un poco tarde.

—No es culpa mía. Es como si esas naves enemigas hubieran surgido del interior del planeta y de repente, por tres lugares distintos. Era imprevisible.

—¿Del interior del planeta, dices?

—Sí.

—Puede ser una posibilidad que tengan su base bajo el subsuelo y con distintas salidas.

—Si encontráramos el lugar donde se esconden —gruñó Roland— les enviaríamos un pepinazo fundente con explosión retardada.

—Buscaré con toda clase de sensores, especialmente los rayos ultra-X.

—Bien, mantente alerta, corto.

—De acuerdo.

Todo parecía estar hecho cuando Agata preguntó de repente:

—¿No estarían Sonia y Bastian dentro de esas naves?

—Jamás lo sabremos —respondió Marius sinceramente—. Jamás, si no vuelven a aparecer.

En aquel momento, la luz roja de llamada por televideófono se encendió.

Todos comprendieron quién podía ser el autor de la llamada y se miraron entre sí, inquietos y desconcertados.

CAPITULO XI

Superado ya el abrasador calor, Marius abrió la telecomunicación por televideófono.

La pantalla se iluminó y en medio de unos colores cambiantes, apareció la sombra imprecisa del ser que representaba a los que ellos llamaban genocidas, pues no se habían autodenominado de ninguna otra forma y se habían negado a decir quiénes eran y de dónde procedían.

Aquel ser al que ya habían comenzado a odiar, apareció riéndose con su carcajada lenta, profunda, gutural.

—Deja ya de reírte. Os hemos destruido tres escuadrillas de naves.

—Como esas naves de guerra, las tenemos a millares —siguió riéndose, con un cinismo que dañaba la sensibilidad de los terrícolas que habían quedado sorprendidos ante aquellas declaraciones.

—No lo creo —replicó Marius.

—¿No lo crees, terrícola?

—No.

—No las tiene —replicó Roland, vehemente—. Si las tuviera, ya las habría lanzado sobre nosotros.

—Terrícolas, sois estúpidos. ¿Para qué íbamos a lanzar más naves, para que las destruyerais con esos misiles termonucleares que han arrasado la metrópoli?

—Cualquier escuadrilla de naves milicianas que aparezca serán destruidas —advirtió Marius, tajante.

Agata intervino preguntando:

—¿Dónde están los prisioneros?

—Por ahora, están bien y es una lástima, porque serán castigados debidamente como represalia por haber disparado esos tres misiles termonucleares contra nuestras escuadrillas bélicas.

—Si los tocáis, habrá más, bombas destructoras —gruñó Marius.

—Es inútil que lancéis bravatas. Vuestras cosmonaves no son milicianas. ¿Qué capacidad de respuesta os queda? —volvió a reírse, lenta y malignamente.

—Más que naves de guerra vosotros —le replicó Marius.

—Eso no es cierto y os lo demostraré muy pronto a menos que os entreguéis, para lo que os bastará salir en esa pequeña lanzadera que tenéis. Si salís montados en ella, ya os indicaremos el camino a seguir.

Marius replicó:

—No nos entregamos.

—Os arrepentiréis, terrícolas.

Desafiante, enfrentado a aquella figura casi fantasmal, una sombra inconcreta que cambiaba ligeramente, Marius puntualizó:

—Si uno de nuestros compañeros recibe una sola herida, esta cosmonave despegará y nos alejaremos a gran velocidad. Regresaremos con las fuerzas milicianas terrícolas para daros vuestro merecido.

—Ya no podéis escapar. Habéis arrasado la metrópoli con vuestras bombas, pero no habéis conseguido nada, absolutamente nada.

Ronald alargó su mano y cortó bruscamente la comunicación. Vogeau, Agata y Marius le observaron interrogantes.

—Creo que es mejor no escucharle ahora. Hay que meditar un poco más sobre lo ocurrido.

CAPITULO XII

—Será mejor que no vengas conmigo.

Agata Salvi no rehuyó la mirada de Marius Cendra, una mirada que la acariciaba, que penetraba dentro de ella y la reconfortaba, haciéndola sentirse más mujer.

—No me harás cambiar de opinión.

—No tienes por qué quedarte.

—¿Y tú sí?

—Yo soy diferente.

—¿Por qué eres diferente? ¿Es que aún sigues el atavismo de ser un machista? ¿Piensas que las mujeres no sabemos luchar?

—Sí, sabes luchar, pero...

—Te agradezco que quieras ponerme a salvo, pero si me marchara ahora, me consideraría a mí misma una cobarde.

—¿Por qué?

—Porque Sonia y Bastian están aquí en el planeta, en manos de los genocidas. ¿Qué he de hacer, abandonarlos y ponerme a salvo?

—Ya te dije que una cosa era salvarnos, que lo intentaríamos, pero que no nos marcharíamos de Nong-2 sin dar guerra a los genocidas aunque sea lo último que hagamos.

—Entonces, no impidas que esté contigo. Además, siempre puedo servirte de ayuda. Sé manejar esto.

Le mostró el fusil polivalente que tenía en las manos, un arma capaz de derribar un edificio cuando lanzaba sus ondas supraultrasónicas a la máxima potencia.

Alargó su diestra, la cogió por la cintura y la acercó hacia si, quedando el fusil entre ambos.

—Me gustas, Agata, me gustas mucho. No nos separaremos, quizá el último segundo de nuestras respectivas vidas lo pasemos juntos.

—Si sé que va a ser el último segundo, quiero morir así.

Agata alzó su brazo y con la mano cogió la nuca del hombre para obligarle a inclinar la cabeza.

Lo besó en los labios larga y apasionadamente pese al obstáculo que representaba el fusil polivalente entre ambos, separándoles, como queriéndoles recordar que tenían que luchar si deseaban seguir amándose.

El vehículo-lanzadera abandonó despacio la cosmonave de Vogeau.

Recorrieron parte de la ciudad, arrasada por los misiles termonucleares.

—Qué lástima —musitó Agata al ver los edificios convertidos en cascotes.

—Hemos sido nosotros, pero fuimos forzados a hacerlo para aniquilar las escuadrillas milicianas de los genocidas.

—Sí, la guerra siempre es destructora aunque se tenga razón al lanzar un misil.

—Siempre es muy difícil determinar si se tiene razón suficiente o no para lanzar un misil termonuclear, pero estábamos cercados. —Hizo una pausa y mirando en derredor, añadió—: No veo restos de las naves destruidas de los genocidas.

—¿Y qué crees que podía quedar de ellas si los misiles termonucleares les han caído encima?

Siguieron adelante, observando toda aquella destrucción.

Agata comentó:

—Jamás volverá a ser lo que fue.

—Es una civilización muerta ya. Lo que no podemos es tolerar que los genocidas se apoderen del planeta para su uso exclusivo.

—Sí, máxime cuando han dicho que luego seguirá el planeta Tierra.

—No lo conseguirán.

Cuando ya habían salido fuera de los suburbios de la metrópoli arrasada, Agata señaló:

—Allí hay una colonia de hongos carnívoros ya carbonizados.

—No habrá hongos vivos en muchos kilómetros de radio. La onda térmica tuvo que abrasarlos y nosotros mismos moriríamos ahora si saliéramos de este vehículo. La tierra aún está por encima de los doscientos grados Celsius y pasará algún tiempo antes de que recobre su temperatura normal. Incluso, el oxígeno está en una cantidad demasiado débil para ser adecuado para la respiración. —Abrió la telecomunicación y llamó—: ¡Sartorius!

—Estoy a la escucha.

—Dile a nuestro amigo que ponga en marcha el plan «Dos caras».

—Entendido —asintió la voz de Sartorius que provenía de la cosmonave *Model-33*.

Marius dio media vuelta al vehículo-lanzadera que pilotaba y lo detuvo.

—Mira, ya asciende…

Efectivamente, la cosmonave de Vogeau había comenzado a despegar en vertical, se la podía ver elevarse por encima de la ciudad destruida.

—Adiós, compañeros —les dijo Marius sin abrir la telecomunicación, como si pudieran captarle telepáticamente.

—Lo dices como si ya jamás pudiéramos volver a verlos —le observó Agata.

—Quizá con esa cosmonave se va nuestra posibilidad de escapar de este planeta conquistado por los genocidas.

—Esta lanzadera puede elevarse hasta las órbitas, ¿no?

—Sí, claro que sí, mientras no pierda la energía o sufra una avería.

—Esperemos que eso no ocurra.

—Ahora, las dos cosmonaves quedarán situadas en caras distintas del planeta, con órbitas también diferentes. De esta forma, controlaremos toda la superficie de Nong-2 por si aparecen los genocidas. Descubrir su escondite sería lo más deseable.

—No se dejarán descubrir. Tienen una tecnología avanzada, lo han demostrado destruyendo a toda una civilización, dejándoles sin energía y creando esos hongos carnívoros que son mitad planta y

mitad animal desde sus mismísimas células.

—Parece cosa de locos... —suspiró Marius—. ¿Por qué siempre habrá tipos empeñados en crear monstruos?

—Esa clase de sabios psicópatas parece que se dan en todas las épocas y civilizaciones.

Tras ver perderse en el cielo de Nong-2 la cosmonave de Vogeau, Agata preguntó:

—¿Qué haremos ahora?

—Dar vueltas y esperar.

—¿A qué?

—A descubrir algo por nuestra cuenta o a que lo descubran Sartorius, Vogeau o Roland; más, por lo que parece, los genocidas sólo atacan de noche y eso debe de tener alguna importancia, alguna significación que nosotros desconocemos.

—¿A Sonia y Bastian los atacaron de noche o de día?

—No lo sé, quizá de día. Por lo visto, no fue un ataque de naves, debieron caer en alguna trampa que ya estaba preparada.

—Si supiéramos de qué se trata...

—Quizá lleguemos a averiguarlo porque nosotros también corremos el riesgo de caer en ella.

—Estaríamos perdidos.

—Sí, es lo que yo opino. Los genocidas nos temen, pese a amenazarnos con ataques masivos de naves milicianas.

—Bueno, nuestra capacidad defensiva ha quedado demostrada con la destrucción de sus escuadrillas.

—Sí, pero hay algo más. No sé lo que es, pero hay algo más, estoy seguro. Es como si estuvieran esperando que consumiéramos todo nuestro poder defensivo.

No tenían ningún rumbo fijo. Nadie más quedaba en el planeta Nong-2 aparte de ellos dos, los genocidas y sus prisioneros que eran Sonia y Bastian.

¿Qué importaba ir en una dirección u otra, si ignoraban

totalmente cuál era el escondrijo de los genocidas?

—Mira el oceano, tiene un hermoso color verde morado.

—Sí, tiene tonalidades cambiantes, pero me gustan más los océanos de nuestro planeta Tierra, sin polucionar, limpios y cuidados por la ciencia. Qué distinto fue en los finales del siglo XX, antes de la última conflagración mundial.

—Aquella Tercera Guerra Mundial pudo ser el fin de nuestra civilización terrícola; sin embargo, por suerte, los encargados de los lanzamientos masivos de aquellas bombas impuras y radiactivas, se rebelaron contra sus mandos de uno y otro lado, como si previamente se hubieran puesto de acuerdo para salvar a nuestro amado planeta Tierra.

—La llamada Rebelión de los Subordinados fue el nacimiento de una nueva era. Los mandos estaban obcecados, sólo veían enemigos por todas partes y su locura era contagiosa hasta que algunas mentes se despejaron y salvaron a nuestra civilización.

Como si se tratara de un agradable paseo, Marius hizo avanzar aquel vehículo capaz de navegar por el aire, sobré la tierra y por debajo de las aguas, un vehículo más bien pequeño aunque casi el doble que un *atom-horvecraft* utilitario y capaz de llevarles a una cosmonave situada en órbita.

Marius siguió adelante, por encima de la orilla marina.

—Dan ganas de bañarse —suspiró Agata.

—Debes de ser una nadadora excelente, has pasado mucho tiempo bajo las aguas.

—Participé en las olimpiadas interplanetarias.

—Me lo creo. ¿Y ganaste?

—Sólo una medalla de bronce.

—Que no es poco.

—Todos aspiramos a la medalla de oro.

—Es lo normal, pero llegar a la medalla de bronce ya es muy importante.

—Aquí en Nong-2 no ha habido nunca competiciones, no les gusta demasiado el agua. Si hay piscinas, era para las colonias

extranjeras.

—Mira, allí parece que hay un área de ocio y vacacional —señaló Marius.

—Podemos descansar un rato, creo que nos lo hemos ganado.

—Me parece bien. Y luego comeremos un poco.

—Menos mal que llevamos los alimentos en el vehículo. Sonia y yo íbamos buscando la comida como perras vagabundas y no sólo eso, tuvimos que caminar mucho debido a que carecíamos de vehículos y siempre con el temor de ser atrapadas por los hongos carnívoros.

—Debisteis pasarlo muy mal.

—Sí, muy mal, pero Sonia lo estará pasando peor ahora.

Dio un rodeo en torno al área vacacional y allí no descubrió la presencia de hongos carnívoros ni nada sospechoso, por lo que se acercó a la magnífica piscina rodeada por grandes extensiones de césped que ya nadie cuidaba.

—El agua debe estar estupenda, ¿verdad?

—Sí, muy apetecible, limpia como si la hubieran purificado. Dan ganas de bañarse.

—Pues bañémonos.

—Vale, nadar un poco me sentará bien.

—Sí, eso creo. Tú eres ya medio sirena, Agata.

Marius salió de la lanzadera. Dejó el fusil junto al borde de la piscina y comenzaba a quitarse la ropa para bañarse cuando, de repente, algo le llamó la atención, no muy lejos de donde estaban.

Arrojó la guerrera al suelo y con el torso desnudo, tomó el fusil y se alejó caminando sobre la hierba para ver lo que había en el suelo, a alguna distancia de donde él estaba, pero también cerca de la piscina.

Escuchó un ruido inconfundible. Se volvió y vio a Agata nadando, se había lanzado ya al agua, desnudándose con una rapidez asombrosa.

Debía estar acostumbrada a ello o por vivir mucho tiempo dentro del agua o cerca de ella, utilizaba ya ropa adecuada para ser quitada con rapidez.

—¡Está muy buena! ¿A qué esperas? —le gritó Agata desde la piscina, levantando sus manos y chorreándole el agua por el rostro y los cabellos.

—Ahora voy.

Marius también tenía muchos deseos de zambullirse en el agua, pero lo que le había llamado la atención aún estaba a unos pasos de él y decidió darlos, ya que era hombre que no dejaba nunca las incógnitas en el aire si podía resolverlas.

Cuando se inclinó y vio las ropas, apretó éstas entre sus manos con fuerza y rápidamente miró en derredor.

—¡Agata!

Ella no le oía, nadaba con fuerza y sus orejas quedaban sumergidas en parte.

—¡Agata! —insistió.

Tenía el fusil listo y miraba en torno.

De pronto, vio moverse algo; era una forma conocida, apareciendo por la puerta de lo que parecía un pequeño almacén de! área de ocio.

—Un robot —gruñó para sí, identificándolo de inmediato.

No dio tiempo a nada; era un robot guerrero, no le cabía duda, y disparó su fusil con ondas supraultrasónicas. El robot, al recibir el impacto, estalló en miles de pedazos.

La explosión sí llamó la atención de Agata, que tuvo tiempo de ver el humo producido por la destrucción del robot.

—¡Marius, Marius! ¿Qué es?

—¡Robots!

—¿Robots?

—¡Sí, sal del agua y vístete en seguida, podemos estar rodeados!

Agata braceó con fuerza hacia el borde de la piscina, con gran agilidad.

Subió al borde y sin pensárselo dos veces, se vistió mientras Marius se le acercaba con el fusil, apuntando en todas direcciones.

Colgadas del brazo llevaba unas ropas.

—¿Hay más?

—No lo sé. Mira...

Agata parpadeó.

—Son las ropas de Sonia.

—Sí, y de Bastian.

—Entonces, ¿fue aquí? —Y miró en derredor.

—Casi seguro. Recuerda que dentro de las cajas de cristal se hallaban desnudos. Posiblemente se estaban bañando aquí cuando fueron sorprendidos, este lugar es una trampa. Hemos estado a punto de ser sorprendidos también mientras nos bañábamos.

Agata terminó de vestirse y tomó su propio fusil.

—¿Entonces, esto es como una trampa para los terrícolas?

—Me temo que sí —asintió Marius—. Debe ser el área vacacional marina para terrícolas más próxima a la metrópoli Alfa, ahora destruida. Por lo tanto, es lógico que nosotros, al acercarnos aquí, deseemos darnos un chapuzón. Es propio de los terrícolas bañarnos si encontramos agua apropiada, nos gusta y quien nos está acechando lo sabe.

—Debe conocer muy bien nuestras costumbres.

—Sí, demasiado bien.

—Será mejor que nos marchemos de aquí.

—No, aún no. Tú métete dentro del vehículo y mantén el telecomunicador abierto.

—¿Yo dentro del vehículo, y tú?

—Yo voy a investigar por aquí, ahora no me cogerán desprevenido.

—Quiero ir contigo.

—No.

—¿Por qué?

—Si alguien no se queda dentro de la lanzadera, nos la pueden arrebatar o destruir. Hemos encontrado las ropas de Bastian y de Sonia, pero no su vehículo *atom-hovercraft*.

—Es cierto.

—La lanzadera tiene un cañón destructor; puedes manejarlo porque sólo necesitas centrar la cruz de la pequeña pantallita que hay en el salpicadero, en el objetivo a destruir. Después, aprietas el botón de disparo que está a la derecha, detrás de una tapa que dice «armamento». Allí podrás manipular y si quieres hacer alguna prueba, hazla con aquel espigón que hay en la punta.

—De acuerdo. No te alejes aún hasta que compruebe que puedo disparar con acierto.

—Bien, mantente con el telecomunicador abierto, insisto en ello.

—No temas.

Agata subió a la lanzadera.

Se sentó frente a los controles, buscó la tapa «armamento» y no tardó en encontrarla. La abrió y observó un botón rojo y un dial verde.

Dio luz a la pantalla y movió la cámara de telescopía exterior hasta enfocar el espigón. Hizo rodar el dial verde y apareció en la pantalla una cruz con una pequeña circunferencia en el centro de la misma.

Centró el objetivo de la cámara con el espigón y después pulsó el botón rojo.

Un rayo láser brotó por el morro del vehículo, un rayo ígneo que hizo pedazos el espigón mientras en derredor el agua se ponía a hervir, despidiendo una columna de vapor.

—Bravo, Agata, lo has hecho muy bien. Ya sabes, si ves algún robot o alguna nave extraña, dispara, no te lo pienses dos veces.

—De acuerdo. ¿Qué harás tú?

—Voy a investigar por dónde ha salido el robot.

—No te arriesgues.

—No te preocupes, tendré el telecomunicador abierto también y si me sucede algo, ya lo sabrás. Si pasan treinta minutos sin que conteste, vete arriba, reúnete con la *Model-33*.

—Marius, por favor, ten cuidado.

Marius no le respondió esta vez.

Despacio, avanzaba hacia la puerta por la que apareciera el robot guerrero. Por el suelo, desperdigados, se hallaban los restos de robot destruido.

Llegó al fin frente a la puerta, bastante ancha como correspondía a un pequeño almacén de no más de ciento cincuenta o doscientos metros cuadrados, excavado en parte en un área rocosa, como si hubieran cortado la roca para incrustarlo en ella aprovechando los desniveles

Pegó la oreja a la puerta y se mantuvo atento, a la espera de algún ruido. No oyó nada que le llamara la atención e irrumpió en el interior apuntando con su fusil polivalente en todas direcciones.

Vio estanterías metálicas en las que se guardaban multitud de objetos propios de los deportes náuticos e incluso pequeñas embarcaciones a vela con mástiles telescópicos, esperando para ser sacados a la mar y gozar del empuje del viento sobre ellas, lejos, muy lejos de la tecnología avanzada, pero era un divertimiento que no se rechazaba.

De pronto, al pasar por entre otras estanterías, al fondo descubrió otro robot. Iba a dispararle pero se contuvo.

—Agata, ¿me oyes? —preguntó en voz muy baja.

—Sí, ¿qué te ocurre? v

—He descubierto otro robot, parece que estamos en la pista. Comunícaselo a los de arriba, pero con cuidado, que no se te entienda demasiado. ¿Comprendes?

—Sí, pero ten cuidado.

Marius avanzó por el lado opuesto de las estanterías.

El robot guerrero hacía lo propio, pero su caminar resultaba más ruidoso. De pronto, captó la presencia del terrícola y volvió la cabeza hacia la estantería mirando a través de ella.

Marius pensó que el robot debía tener un sensor infrarrojo con el que había captado su presencia para poder destruirle.

Saltó hacia adelante cuando ya el robot lanzaba un rayo que se

estrelló contra diversos objetos de la estantería, carbonizándolos. Comenzó una lucha a muerte entre un robot guerrero y un terrícola.

Marius introdujo el cañón del fusil polivalente por un hueco de la estantería y disparó, acertando en la cabeza del monstruo bioelectromecánico, que saltó destrozada mientras el resto del cuerpo caía pesadamente contra la estantería y luego al suelo, produciendo un ruido metálico de chatarra.

—¡Marius!

—Tranquila, Agata, tranquila.

—¿Estás bien, Marius?

—Sí, perfectamente. He tenido que eliminar a un robot. Esto parece un nido de robots guerreros, espero que no sea un hormiguero y me los encuentre a millares.

Marius pensó que allí no podían estar almacenados, era demasiado simple aquel lugar. Debía haber una nave o algo por el estilo cerca de allí que sería un reducto de los genocidas.

Siguió avanzando hasta descubrir un anaquel corrido que dejaba al descubierto una sólida puerta excavada en la mismísima roca.

Con cautela, se aproximó a la puerta que estaba cerrada; debía de cerrarse automáticamente.

Podía tratarse de una puerta cualquiera o ser la puerta por la que salieran los robots guerreros, resultaba difícil saberlo.

De pronto, al desviar su mirada hacia la derecha, en un rincón y cubierto con una lona plástica, descubrió un vehículo *atom-hovercraft*.

No le cupo duda de que debía ser el que habían usado Sonia y Bastian.

—Agata, ¿me escuchas?

—Sí. ¿Más problemas?

—¿Has avisado a los de arriba?

—Sí, están atentos.

—Bien. He descubierto un *atom-hovercraft*, debe de ser el que usaron Sonia y Bastian, voy a comprobarlo.

—Si el vehículo está ahí, ellos no andarán lejos.

—Eso pienso yo.

Marius levantó la lona, abrió la portezuela y se introdujo en el vehículo sin cerrar la portezuela.

Encendió el panel de mandos; todo funcionó y ya no le cupo duda alguna. Ningún vehículo que se hallase en el planeta Nong-2 tenía energía para funcionar; por lo tanto, aquélera un vehículo terricola llegado con posterioridad, era el utilizado por Bastian y Sonia.

Estaba a punto de dar la confirmación con su telecomunicador cuando observó que se abría lentamente la puerta que normalmente debía quedar oculta tras una pesada estantería que se deslizaba sobre unos rieles.

Apareció un nuevo robot. Marius quería pasar por aquella puerta y no podía dejar que el robot saliera al exterior donde se hallaba Agata.

Apretó el gatillo del fusil polivalente y el robot estalló, haciéndose pedazos junto en el umbral de la puerta por la que salía en aquel preciso momento.

Marius saltó por encima de la chatarra del robot y quedó al otro lado de la puerta, hallándose en una pequeña sala donde pudo ver unas sillas muy aerodinámicas sujetas a un riel.

Sin dudarlo, se sentó en la primera de ellas y oprimió el botón rojo que había al alcance de su mano.

La silla se puso en marcha, deslizándose por un monorraíl descendente que parecía habría de llevarle a las entrañas de la tierra.

Marius, que tenía buen sentido de la orientación como cosmonauta que era, comprendió que iba hacia el fondo marino a través de la roca perforada.

El recorrido no era corto como había creído en un principio, por lo que dedujo que descendía a una profundidad considerable y en aquellas circunstancias, sin tener una antena exterior, su telecomunicador no le servía, había perdido el contacto con Agata.

Llegó al final del descenso, una sala amplia donde las sillas daban la vuelta para retornar a la superficie si así se deseaba.

Saltó de la silla y con el fusil en la mano, corrió con largas

zancadas por un pasadizo iluminado.

Las paredes eran roca pura, pero no tardó en ver grandes mamparas de grueso cristal.

Al otro lado estaba el agua, las profundidades marinas. Los peces se acercaban al cristal atraídos por la luz.

Siguió corriendo y descubrió una gran sala. Tras unas rejas vio a varios ejemplares de hongos carnívoros que emitían rugidos y que Marius ignoraba por dónde salían, ya que no tenían bocas visibles.

Las raíces se filtraron entre los barrotes, como pretendiendo alcanzarle.

Saltó hacia atrás, mirando en derredor. Aquello no le gustaba, parecía una sala de torturas.

Escogió otro corredor y fue a dar a una estancia en el centro de la cual había dos cajas de cristal estrechas y altas. Dentro de ellas estaban Bastian y Sonia que, al verle, se pusieron en pie de un salto, palmeando las paredes de su angosta celda.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó Marius.

Las voces de Bastian y Sonia quedaban ahogadas, el cristal debía de ser muy grueso y resistente, pero Bastian señaló el suelo.

Marius trató de volcar la celda de Bastian; no lo consiguió y optó por apuntar a la base de la celda con el supraultrasónico a la más baja potencia.

Bastian se tapó los oídos y su rostro sufrió dolorosas contracciones.

El cristal acabó rajándose por su base. Marius lo empujó y cayó entero, sin romperse. Bastian salió rápidamente por debajo. En el suelo estaban los orificios de aireación y limpieza por aspersión de agua.

Sonia palmeó también el cristal, pidiendo su libertad.

—¡Creí que no llegaríais jamás! —exclamó Bastian.

—¿Dónde están?

—No lo sé, por ahí dentro.

Bastian indicó por señas a Sonia que se tapara los oídos y Marius

rompió también la base de su celda.

La muchacha hubo de ser sacada por Bastian, pues había quedado aturdida.

—Puedes llevártela arriba.

—No.

—Si, llévatela arriba. Encontrarás unas sillas que suben por una rampa con monocarril.

—No vamos a dejarte solo, podemos salir todos.

—No sin antes encontrarlos. ¿Cómo son?

—No lo sé, llevan siempre la cabeza oculta con una máscara que les protege, quizá no necesiten aire.

—Pronto lo averiguaremos.

Marius corrió por el pasadizo hasta llegar a una amplísima sala con seis grandes cristaleras a través de las cuales se veían las aguas marinas.

Los terrícolas quedaron quietos al ver a cinco robots y tres desconocidos personajes que, efectivamente, llevaban los rostros cubiertos con máscaras que semejaban de un metal verdoso, unos rostros extraños, difíciles de describir, de ojos grandes, con enormes iris que ocupaban todo el ojo, nariz escasa 'y también una mandíbula pequeña pero muy redondeada.

CAPITULO XIII

—Bien venidos a nuestra morada, terrícolas. Estábamos seguros de que terminaríais llegando hasta aquí.

—Ya estamos frente a frente.

—Será mejor que bajes ese fusil, terrícola. Mis robots os apuntan con sus armas.

—Si ellos disparan, también moriréis vosotros.

El genocida que estaba sentado frente a la mesa de control, con complicados mecanismos al alcance de sus dedos, era el que hablaba lentamente, con voz gutural y profunda.

—Está bien, pero si tú disparas también moriréis vosotros. Os voy a mostrar algo interesante.

Antes de que Marius pudiera evitarlo, aquel ser pulsó un teclado.

De inmediato, la sala se oscureció y aparecieron, cinco mesas iguales, con otros tantos grupos de seres detrás, todos idénticos.

Las mesas y los seres semejaron oscilar en una danza fantástica y luego se estabilizaron ante la perplejidad de los terrícolas, que no sabían qué hacer.

Los genocidas comenzaron a reírse con aquella carcajada tan profunda como maligna y sarcàstica.

—Y ahora, terrícola, ¿contra quién dispararás?

—¿Qué juego es éste? Sólo sois tres, aunque vea vuestra imagen multiplicada por seis veces.

—Exactamente. Sólo una es la verdadera, pero no sabéis cuál.

—Es como un juego de espejos —musitó Sonia, que se cubría con la camisa que Marius se había quitado, quedando él con el torso desnudo.

—No, no son espejos —puntualizó aquel ser—. Son proyecciones holográficas sin pantalla. Podemos colocar las imágenes que queramos y donde deseemos y es muy difícil saber cuándo se trata de una proyección tridimensional o la pura realidad.

—¿Proyecciones holográficas sin pantalla? Sabía que eso podía realizarse, pero no hasta ese punto.

—Pues, nosotros lo hemos conseguido y es fantástico lo que se puede obtener.

De pronto, Marius quedó como atónito ante lo que se le acababa de ocurrir. Era como si de repente viera la verdad con una claridad cegadora.

—Ahora comprendo por qué siempre atacabais de noche.

Los genocidas volvieron a reírse, era una carcajada triplicada.

Los terrícolas miraban hacia todas las figuras, tratando de descubrir cuáles eran las verdaderas y cuáles las falsas, es decir, proyecciones tridimensionales.

—Ya lo has descubierto, terrícola. Sí, naves, naves que son así... —Le mostró una pequeña nave que cabía en la palma de su mano.

—Entonces, disparamos los misiles termonucleares contra proyecciones tridimensionales que se apagaron...

—Exacto, terrícola. Arrasasteis la metrópoli y os castigaremos por ello, claro que tampoco era tan importante, todos los tesoros ya los habíamos tomado nosotros y están guardados aquí, bajo el mar, en lugar seguro.

—De modo que no tenéis naves de guerra ni cosmonaves...

—Tenemos la astucia y la tecnología de nuestros avanzados cerebros.

—Ahora comprendo por qué queríais que nos entregáramos sin lucha.

—¿Ah, sí, por qué crees saberlo?

—Porque no tenéis ninguna cosmonave para poder salir del planeta Nong-2. No tenéis más vehículo que el que robasteis a mis compañeros.

—Tenemos el astropuerto lleno de cosmonaves y vehículos por todo el planeta.

—Sin energía —puntualizó Marius.

Ninguno se atrevía a ser el primero en disparar.

Lo mismo Marius que los genocidas parecían estar calculando el momento más oportuno y, en cierto modo, la soberbia de los genocidas les conducía a dar explicaciones de sus triunfos. Marius, que ansiaba saber, les hacía el juego.

—Es verdad, sin energía, pero ya la tendremos.

—¿Cómo la succionasteis?

—Fue un invento nuestro. Lanzamos al espacio un satélite que dejó caer sobre la atmósfera de Nong-2 unas partículas electroprotonegativas de un metal artificial obtenido por nosotros. Esas partículas, disueltas en las nubes y mezcladas con el agua de las lluvias, se dispersaron por todo el planeta. Al contacto con esta lluvia, toda la energía contenida en los núcleos energéticos pasó al agua que se escurrió por el suelo y del suelo pasó al centro del planeta. Así estaba calculado y así sucedió.

—Excepto bajo el océano —puntualizó Marius.

—Así es, por eso estamos aquí, por eso no perdimos nuestra propia energía.

—¿Y la muerte de todos los nongianos, cómo se produjo?

—Esta atmósfera de lluvia electroprotonegativa conmocionó todos los cerebros a excepción de los que estaban bajo el agua, de tal manera que todos los seres abandonaron sus casas y comenzaron a bajar por los campos y desiertos sin rumbo, sin espíritu de lucha, con una atonía que hizo que muchos de ellos murieran donde caían. La rápida multiplicación de los hongos carnívoros hizo la limpieza necesaria. Los seres vivos se habían convertido en presas facilísimas. Su deseo de vivir había desaparecido, su inteligencia estaba anulada. Nadie se interesaba por alimentarse, ni siquiera por beber agua. Cada vez más débiles, fueron cayendo al alcance de las raíces de los hongos carnívoros que tienen la propiedad de desplazarse de un lugar a otro siempre que no se queden sin tierra húmeda en un plazo no superior a veinticuatro horas, ya que son grandes consumidores de agua.

—¿Y todo esto sólo para vosotros tres? Porque no hay más.

—¿Por qué crees que no somos más? —preguntó el que hablaba todo el tiempo y que estaba sentado entre los otros dos mientras los robots seguían quietos y Marius comenzaba a dudar de si eran robots auténticos o también proyecciones tridimensionales que lanzaban un proyector oculto en alguna parte del techo.

—No creo que seáis más. Lo que no sé es cómo desde aquí podéis lanzar proyecciones holográficas, es decir, que en distintos puntos del planeta hacéis, que aparezcan naves de guerra que no son tales naves, sino simples proyecciones, como películas que cuando se cierra el proyector desaparecen porque ya no existen.

—Esas proyecciones parten de un satélite artificial que controlo desde aquí mediante una antena, y os lo digo porque ya no importa. Sois nuestros prisioneros y si queréis salvar la vida, pediréis a vuestros compañeros que se hallan en órbita que desciendan con las cosmonaves y se entreguen.

—Eso no sucederá jamás.

Marius apretó el gatillo de su arma y el disparo de supraultrasónico hizo estallar uno de los seis conjuntos de tres seres.

Ante los ojos atónitos de Sonia y Bastian que no esperaban aquella decisión tan drástica por parte de Marius, vieron cómo las proyecciones desaparecían, incluso los robots.

La sala apareció con la mesa destrozada y tres cuerpos caídos.

—Marius, ¿cómo has logrado saber cuál era el grupo verdadero y no te has confundido con las proyecciones tridimensionales?

—No sé, creo que ha sido puro instinto animal; un olor, sensación de calor, no lo sé, pero he pensado que debía disparar contra uno de los grupos y he acertado.

Se adelantó hasta los seres destrozados. Arrancó una careta y tras ella aparecieron unos complejos mecanismos.

—¡Es un bio-robot! —exclamó Sonia.

Marius arrancó la segunda careta, hallándose con idéntico descubrimiento.

—Es fantástico, robots biónicos que operan como los más malignos seres sapientes —opinó Bastian.

Marius arrancó la tercera careta y al ver aquel rostro, ya cadáver y con los ojos abiertos, los tres exclamaron al unísono:

—¡Un terrícola!

EPILOGO

Vogeau había optado por dejar su cosmonave en el astropuerto de Nong-2 y reunirse con los demás en la *Model-33* que partió rumbo al planeta Tierra, dejando atrás una civilización extinguida.

—Ha sido monstruoso. Precisamente un terrícola, un sabio enloquecido por su ciencia, con la fuerza que le brindaban sus descubrimientos y su tecnología, fue capaz él solo de aniquilar a toda una civilización con sus malditos y endemoniados inventos —observó Agata.

Bastian añadió:

—Parece que su plan consistía en aniquilar a todos los habitantes, apoderarse del máximo de tesoros y ayudado por sus robots biónicos, viajar a la Tierra y convertirse allí en el ser más poderoso, quién sabe si para destruir también a toda la civilización terrícola.

—De nada le ha servido ser un genocida —comentó Marius—. Ha muerto. Daremos parte al gobierno de la Confederación terrícola para que venga a hacerse cargo de los tesoros de este planeta, pues ya no queda nadie que pueda utilizarlos —dijo Vogeau, añadiendo—: Lo triste es que haya sido un terrícola el causante de tamaña monstruosidad.

—Yo espero que se mueran todos los hongos carnívoros —dijo Sonia, sobrecogiéndose al recordarlos.

—No te preocupes, antes de un año habrán desaparecido todos, la pesadilla ha terminado. Vosotras dos os salvasteis porque estabais bajo el agua, lo mismo que el loco. —Cogió a Agata por la cintura y mirándola intensamente a los ojos, le preguntó—: ¿Quieres que demos una vueltecita por el exterior?

—Sí, será un placer ver las estrellas tan de cerca.

Poco tiempo después, Agata y Marius, cogidos de la mano, embutidos en sus trajes espaciales y con los automonocohetes adosados a la espalda se desplazaban en torno a la *Model-33* como si fuera la suya una mágica danza de apareamiento.

Las estrellas, las miríadas de soles que lucían en el cosmos les contemplaron con satisfacción. Nong-2 ya no se veía, había quedado atrás, muy atrás.

FIN